

NIPPUR

DE LAGASH

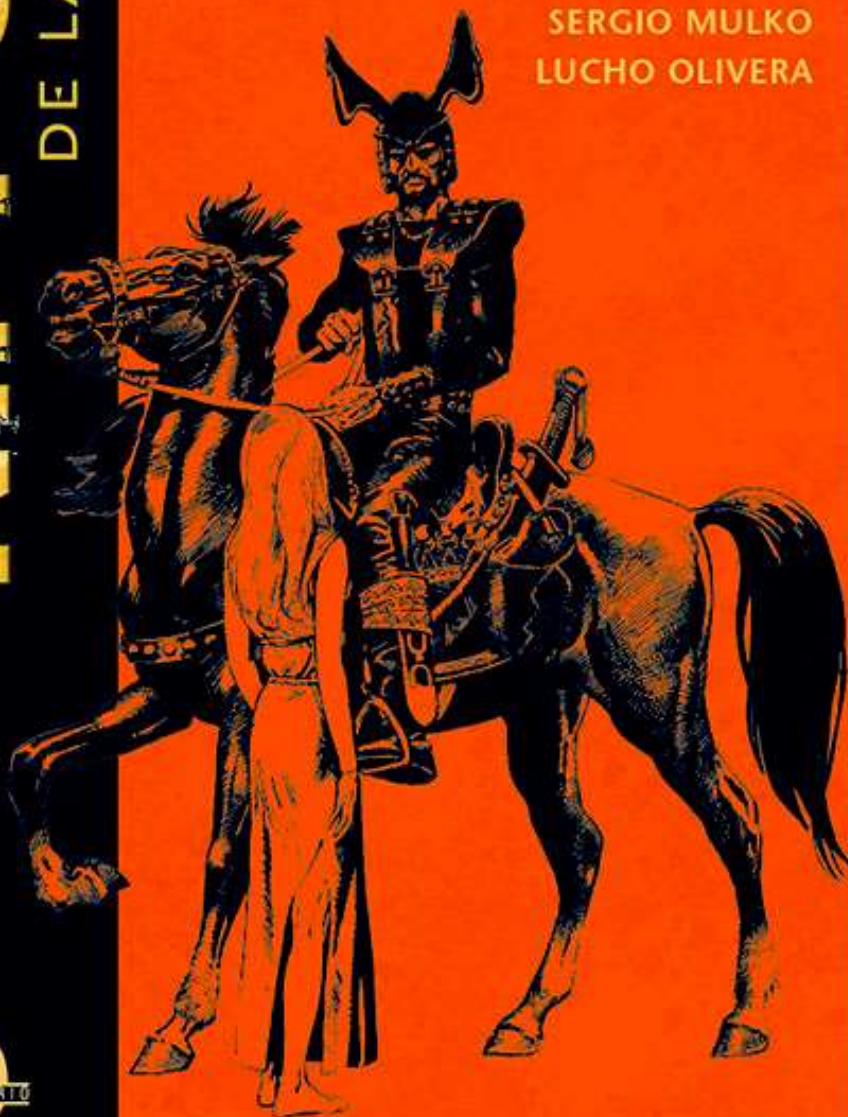
NINIVER, QUE CANTABA
CON LOS PÁJAROS

ROBIN WOOD

RICARDO VILLAGRÁN

SERGIO MULKO

LUCHO OLIVERA



50
ANIVERSARIO

Vol 18

**NINIVER, QUE CANTABA CON
LOS PÁJAROS**

EL DÍA DEL JINETE NEGRO

**EL HOMBRE BLANCO DE LA
MONTAÑA**

ANELEH

LA VENGANZA INÚTIL

EL BUEN REY Y SU PUEBLO

LA AMAZONA Y LA REINA

NIPPUR DE LAGASH

NINIVER, QUE CANTABA CON LOS PÁJAROS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

Juego con las piedras duras del camino. Juego con el polvo y el tiempo y el espacio vacío que dejan las cosas perdidas. Sólo, bajo un sol de metal que parece llegar hasta mis huesos, juego con los momentos muertos de mis días sin valor...



Diréis: ¿qué ocurre con Nippur? ¿Qué ocurre con el hombre de la risa fácil y del vino alegre? No ocurre nada, amigos. Solamente un momento de pausa en el vino y en la risa. Y una larga ojeada hacia adelante y una larga ojeada hacia atrás.



¿Qué veo? Camino. Estéril, largo, polvoriento camino. Soles de metal y un mundo de roca y esterilidad ¿Qué quedará un día como marca de tu paso, viejo Nippur? ¿Alguna huella en la roca? ¿Alguna huella en los rayos negros de este sol pesado y lúgubre?



(Tal vez nada de ello... Tal vez ni siquiera una sombra en las nubes de polvo... Tal vez ni una tableta de arcilla en Lagash.)



Un cuerno sonó en ese momento. Un largo sonido lúgubre curvándose en el aire.



(¿Qué ha sido ese rumor? Creí que no habría habitantes en esta región...)



Cautelosamente tomé un nudoso garrote y lo acerqué. Los dioses protegen a los hombres pero un buen garrotazo puede obrar maravillas si los dioses están distraídos...



Casi al momento apareció el viejo y casi al instante oí el estampido del látigo...



¡Corre, viejo! ¡Corre!



Eran hombres de gran talla y vestían armaduras lujosas. Pero los brazaletes de oro no bastaban a disimular los músculos enormes y la piel peluda de bruto...

¡Corre!



¡Detente!



Y ahora, viejo... piensa... piensa... piensa en la muerte, viejo. Tú no deberías molestarte por ella, viejo. Has visto tanto ya...



Eh, amigo.



Les costó sacarse la muerte de los ojos y enfocar su visión en algo que no fuera ella. Por fin...

Nos estás interrumpiendo, forastero.



Apunté al viejo con un dedo.



¿Por qué?

Con un gesto sardónico pasó la lengua por el filo de su espada...

¿Por qué? Porque me gusta el sabor de la sangre sobre mi espada. ¿Te parece una buena razón?



Me parece la razón de un imbécil. O sea una buena razón para ti.



Le llevó un momento comprender el sentido de la frase y entonces enrojeció de rabia.

¡Gusano de tierra! ¿Cómo?





No tenía deseos de bromear. Y yo tampoco. Salté a un costado cuando acometió y de un garrotazo le destrocé la muñeca...



A él, Nurus...

¡Ahhhh!



Avanzaron con cautela. Habían visto que yo sabía defenderme.



Le pegué con tal fuerza que creí que el garrote se quebraría pero por suerte demostró tener más resistencia que su cráneo...

¡Ahhhh!



El tercero vaciló un instante y miró a su compañero caído. Eso fue una gran equivocación. No se apartan los ojos del enemigo.

¡Ahhhh!



Todo estaba terminado. Sentí mi cuerpo bañado en transpiración y mi corazón latiendo alocadamente. La violencia es algo a lo cual mi cuerpo se niega tercamente a acostumbrarse...

(¿Y el viejo?)



¿Estás, bien, viejo?

Sí... Ha... ha sido un susto nada más.



Creo que había algo más que el susto...

Podría haber habido, forastero, pero no lo hubo y yo soy hombre que vivo en el presente...



¿Quiénes son esos hombres?
¿Y cuál es la razón de tanta
brutalidad?

Esos hombres son amos, forastero,
y la razón de su brutalidad es sim-
plemente el ser amos de la fuerza.

Viven en el centro de los roquedales en una casa fuerte que fue levantada
en la época de los gigantes y que es imposible de tomar. Es un clan unido
por lazos de sangre. Grandes guerreros y grandes saqueadores. Sólo co-
nocen el lenguaje del látigo y del fuego.



Y ahora buscan a Niniver.



¿Niniver? ¿Quién es?

Los ojos del anciano se
endulzaron repentina-
mente.

Niniver... Niniver es
la flor de las monta-
ñas, forastero...



"Niniver es la luz buena de los pobres montañeses.
No sabemos de donde sacó su extraña belleza, su
cabello rubio como la miel pues en nuestra tierra
somos todos morenos... Niniver es el regalo de los
dioses..."



"Y basta que Niniver ría para que todas
las cosas se vuelvan buenas. Los corde-
ros engordan y las madres encintas dan
a luz hermosos niños que nacen con los
ojos abiertos y sonrientes..."



"Niniver juega con las mariposas y las
víboras. Las primeras se posan sobre
sus dedos y las segundas tragan su ve-
neno para poder acercarse a ella... ¡Ah,
sí, Niniver fue enviada por los dioses
a hacer nuestra vida mejor...!"



"Y un día los brutos de la gran casa de piedra
vinieron a buscarla. Habían oído hablar de ella
y torpes como son sólo entendían una manera
de hacer las cosas..."



¡Queremos a la doncella rubia!

"Pero no la dimos. Nini-
ver desapareció en las
montañas y los brutos
enloquecieron de rabia
y comenzaron a matar
y a torturar..."



Y hoy me hubiera tocado el
turno a mí de no ser por ti.



Ven. Vamos. Los brutos nunca
andan muy lejos unos de otros.



¿Adónde vamos, viejo?



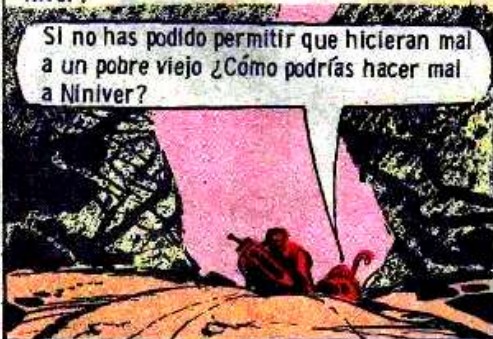
Me miró sonriendo y vi ternura en sus ojos...

A ver a Niniver. Le llevo alimentos.



-¿Confías en mí? ¿Cómo sabes que no seré igual a los brutos? ¿Qué no haré daño a Niniver?

Si no has podido permitir que hicieran mal a un pobre viejo ¿Cómo podrías hacer mal a Niniver?



En ese momento atravesamos un corredor de rocas invisible para un extraño y nos hallamos en un estrecho claro con un estanque y en él...



La mujer golpeó con rabia. Y el curvo muñón de bronce que tenía en vez de mano hizo saltar la sangre...

¡Imbécil! ¡Dejaste huir al viejo! ¡El sabía bien dónde hallar a la doncella!

¡Quiero que me la traigas! ¿Oyes? ¡Quiero que me la traigas!

¡Que me la traigas o te mataré! ¡Te mataré!



... en él estaba Niniver.



Niniver jugó con el agua y perlas y diamantes se formaron sobre su piel. Sonrió sin mirarme.

He oído que en la gran casa de piedra hay una mujer. Dicen que es ella quien empuja a los brutos a sus maldades.

Pero no lo puedo creer, Nippur. ¿Por qué empujar a nadie a la maldad? ¿Por qué no vivir en la alegría y el amor?



Esas son hermosas palabras, Niniver, pero desgraciadamente hay muchas personas cuyas almas son como raíces retorcidas que crecen a veces entre las rocas. Su sustancia se ha podrido y con ellos su ser...

Hay muchos así, Niniver.



Un ruido llegó desde mis espaldas. Quise darme vuelta...

¿Quién...?

¡Ahhh!

Yo he visto en la noche oscura el vuelo amplio de los pájaros del alma y he oído su graznido lastimoso que se repite sin cesar y que se multiplica por extraños mundos de rocas negras y que repite: ¡Nippur! ¡Nippur!

¡Nippur...!

MI cabeza... ¡Oh dioses...!

Ellos sean loados... Creí por un momento que te habrían matado...

-¿Niniver?

Se la llevaron, Nippur. Deben haber oído nuestras voces desde el exterior del valle y entonces nos sorprendieron...

Se llevaron a Niniver... ¿No oyes? Los pájaros ya no cantan, Nippur... Han enmudecido...

Se llevaron a Niniver...

Me puse de pie, aún con la cabeza ardiendo como una hoguera y tomé mi espada.

¿Adónde vas, Nippur?

¿Adónde crees? A buscarla.

Ellos son muchos.

Nunca son demasiados.

Comenzamos a marchar. El viejo trotaba de tanto en tanto para ponerse a mi par...

De pronto un hombre apareció a nuestro lado. No dijo una sola palabra. Era un montañés con su escudo de piel de animal y su lanza burda...



¿Qué haces aquí, Abamaromín?

Oí los pájaros callar. Y adiviné lo que ocurría. Y vine. Y también vino mi lanza.



Otro hombre apareció de pronto. No dijo nada y se unió a nosotros. Comprendí. Los pájaros no sólo dan su mensaje con su canto. También lo dan con su silencio...



La mujer tenía los ojos amarillos y el rostro feo y grisáceo.

Tú eres Niniver, la bienamada, ¿verdad?

La muchacha sonrió dulcemente...

Yo soy Niniver simplemente, señora.

Ah, sí. Eres humilde, eres hermosa, eres amada. Tu nombre hace cantar a los pájaros y a tu paso se abren las flores. Ah, sí.

En cambio yo... yo tengo un garfio de bronce y un cuerpo quemado. Nunca un hombre se ha mirado en mis ojos y a mi paso sólo se oye el golpetear de mis sandalias y el aullar de los perros...

Por eso te he buscado, Niniver... Porque tu inocencia, tu belleza y el amor de los que te rodean me duelen como un puño de fuego. Por eso...



Aparecían más y más. A cada recodo del camino florecían. Pastores, aldeanos, mendigos... Empuñaban armas absurdas y hablaban de pájaros mudos...



¿Por qué me odias, señora? Tu odio me duele. Me duele como la rabia de un pájaro lastimado. ¿Por qué? ¿Por qué no te has abierto al amor? ¿Por qué te has encerrado en el odio? El garfio de bronce no lo tienes en la mano. Lo tienes en el pecho.



Tal vez... pero cuando tú no existas más para amargar mi aliento tal vez me sentiré mejor.



No. Lo que tú buscas no lo hallarás en la muerte de los otros. Lo que tú buscas solo se halla en la vida de otros. Esa es la manera de hallar paz...



Sin ti... Sin ti estaré mejor... Sin ti...



¡Llegan! ¡Por los dioses! ¡Son centenaes! ¡Vienen a nosotros! ¡A las armas!



¡Cierren las puertas!



¿Y ahora? No podremos entrar...

¿Qué no? ¡Ya verás!



¡Arriba los escudos!



Como un monstruo que abre de pronto sus alas todos los escudos se alzaron sobre las cabezas y un mar de cuero y madera rodeó la casa de piedra.



Y por sobre ese océano de cuero y madera corrí, yo, el errante, el guerrero sin guerras y el hombre sin humanidad... Corrí tiritando de rabia, espada en mano y el corazón negro de cólera, corrí a pelear para que los pájaros volvieran a cantar...



Busqué un hueco, algo...



Y de pronto...



¡Deténganlo!

¿Detenerme? Venid, homrecillos. Intentad detener al hombre de Lagash... Intentad detener a Nippur el hombre cuya esposa es su espada...



¡Venid!

Espada, filo y sangre... Canta, espada... Canta a estos hombres la balada de Lagash, de sus blancas murallas y de su sangre roja y generosa... Canta, Canta...

Canta para los que viven... Canta para los que mueren...



(La puerta...)



¡Fuera!



(Ahora sí... Tal vez los pájaros no canten pero los buitres lo harán...)



Al abrirse las pesadas puertas un bramido las atravesó... Un bramido de mar embravecido...



Y luego ese mar arrasó todo. Garras y alaridos y el golpear de hachas y cuchillos manejados por hombres convertidos en leñadores de vida...



¿Y Niniver? ¿Dónde está ella?



¡Niniver!



Estoy aquí, Nippur.



La mujer me miró con un odio que hacía erizar la piel. Su garfio de bronce parecía haber contagiado su color amarillento a su piel...



Perro... ¿Así que has tanta llega el poder de ella?

Niniver la miró con lástima, con piedad. ¿Cómo esperar otra cosa de Niniver?



No es por mí... Es simplemente por amor...

¡No me hables de amor! ¡No quiero oírlo! ¡Háblame de odio y de muerte! ¡Solamente de ello!



Nippur, que nadie la toque. ¿Me oyes? No quiero que le hagan daño. Me da pena.



Como digas, Niniver.

De todas maneras no sé si tu bondad no la condena al horror más terrible que deba afrontar. Vivir. Vivir con tanto odio es ir murliendo de a poco.



No importa. Déjala.

Toma mi mano, Nippur. Llévame con mi gente.



Así lo hice y abandoné aquella casona llena de muerte, de odio y de garfio de bronce, sujetando una mano pálida que sólo sabía de diamantes de agua y de mariposas juguetonas. Y desde los bosques nos llegó el canto desaforado de los pájaros.

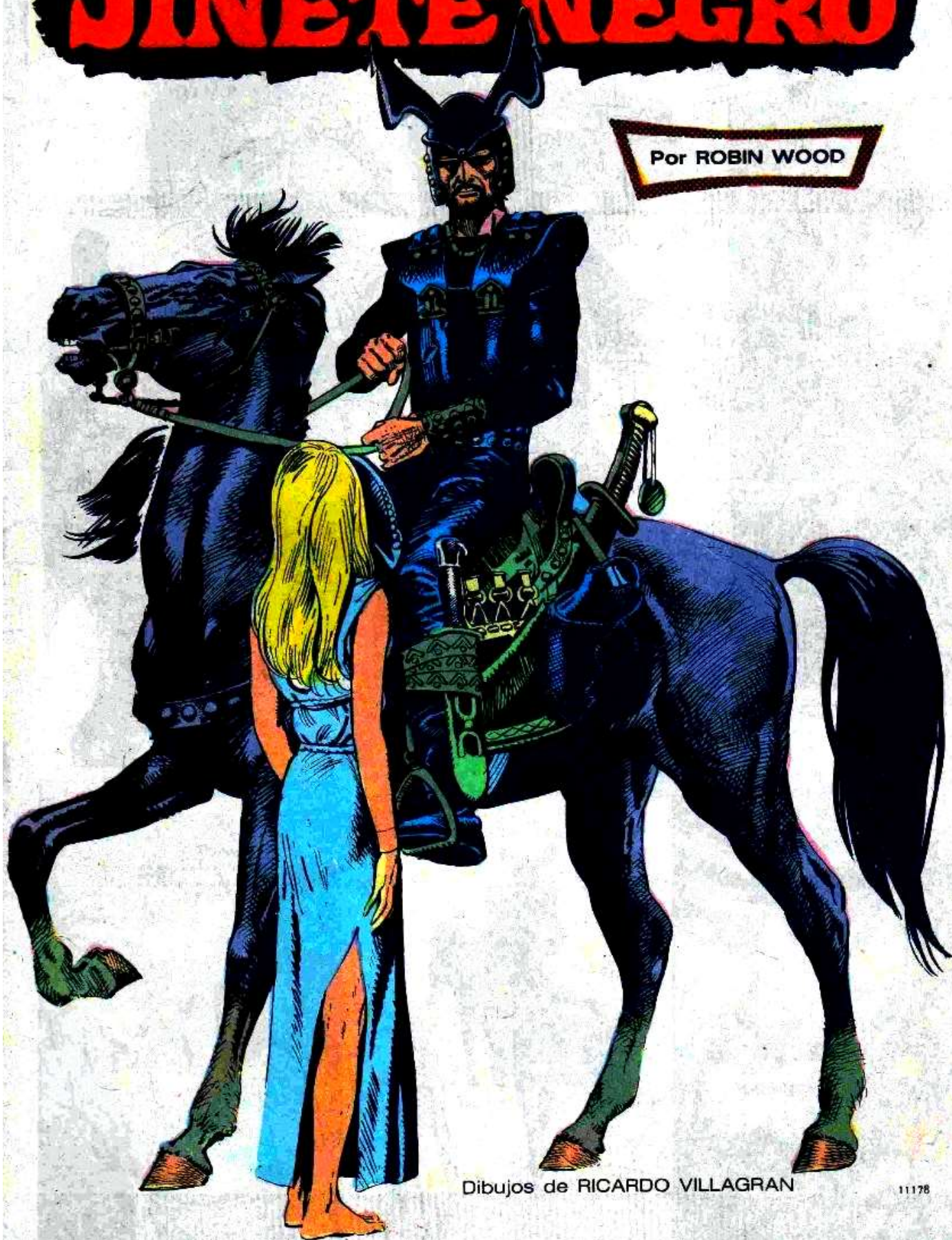


fin

EL DÍA DEL JINETE NEGRO

NIPPUR DE
LAGASH

Por ROBIN WOOD



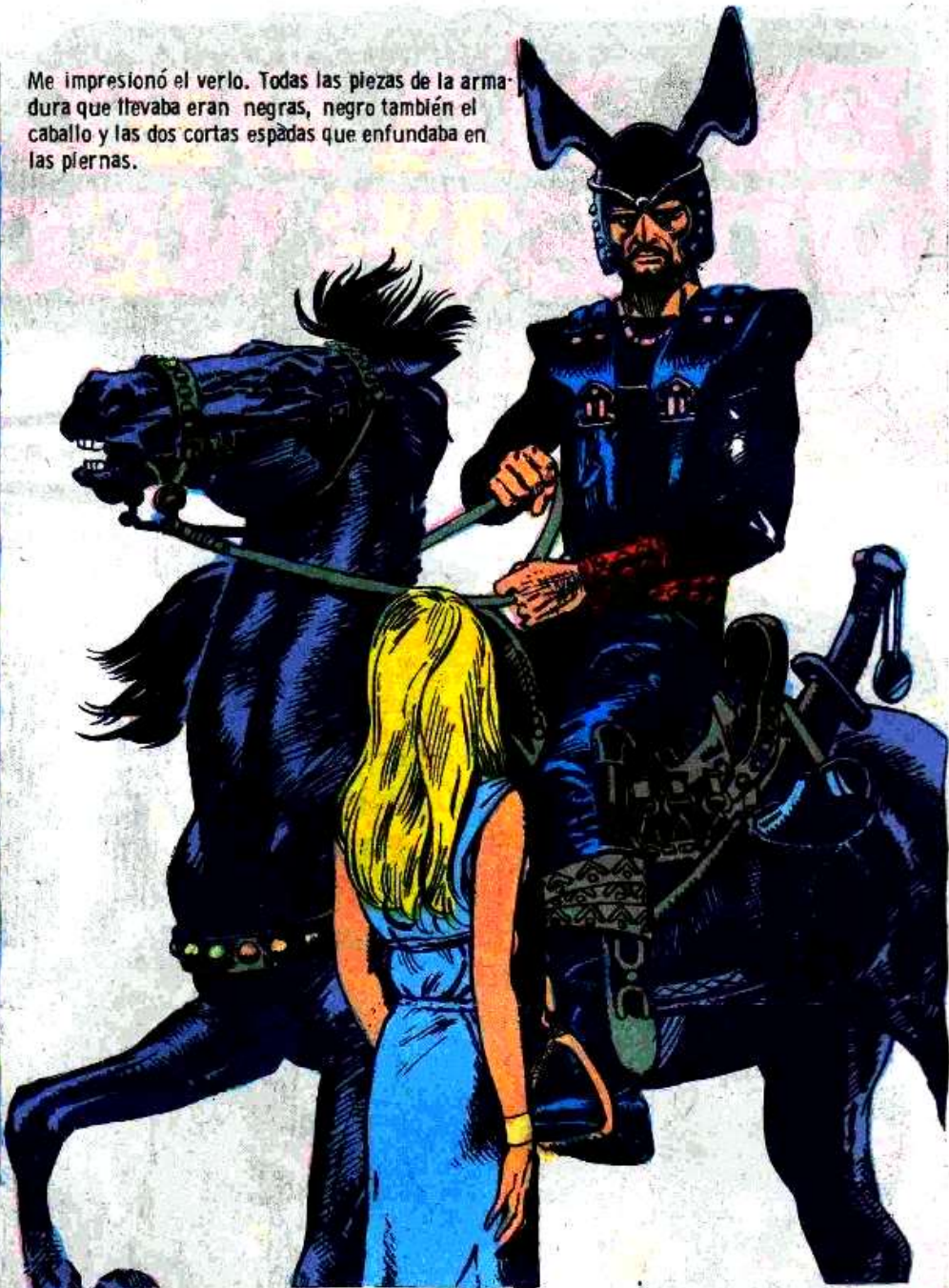
Dibujos de RICARDO VILLAGRAN

11178

Hubo un fragor de cañaveras aplastado y el enorme jinete apareció delante de ella.



Me impresionó el verlo. Todas las piezas de la armadura que llevaba eran negras, negro también el caballo y las dos cortas espadas que enfundaba en las piernas.



Pero la negrura infinita estaba en sus ojos, una negrura sin vida, muerta, apenas dos gotas oscuras sin ningún reflejo y sin ninguna luz. Su rostro parecía haber sido modelado en piedra y era de una belleza bárbara y dura.



Se miraron un instante sin hablar. Solo se oía el murmullo del río corriendo, el resollar del gran caballo y el chapoteo ocasional de uno de sus cascos. Un pájaro pló.



Los dioses os den larga vida, señor.



El no respondió. Siguió mirándola un instante sin expresión y sin movimientos.



Luego, con un seco golpe de talones lanzó el gran caballo rumbo al norte. Hubo un estruendo de bronce y cuero mientras se alejaba.



La muchacha lo siguió con los ojos hasta que desapareció. En el aire quedó flotando un vago olor a caballo y a guerra.



Entonces ella me vió.

¿Estabas allí, Nippur? Te he estado buscando desde hace rato.

¿Ocurre algo?



Mi padre quiere que vengas para cenar con nosotros. Te hace decir que habrá mucho vino y buena carne.



Hmm. Tu padre sabe cómo seducir me.

Hmmm. ¿Y hay otras cosas que puedan seducirte, Nippur?



Me refí.

No lo intentes, chiquilla. Mis defensas contra las mujeres no son muy fuertes. Incluso contra las chiquillinas como tú.



Oh. ¿El gran Nippur se siente muy viejo para intentar conquistarme?



Pero...



¡No!



Sí. Tal vez sea eso. Tal vez estoy demasiado viejo para ti.



¡Te odio!

Rimeremes contempló a su empapada hija con un poco de curiosidad y se rascó la cabeza.



Este... ¿Te has caído al agua?



¡No hagas preguntas estúpidas, padre!



No entiendo, Nippur. Parece enojada.

Bah. No prestes demasiada atención a los jóvenes. Ya sabes cómo son de inestables. ¿Qué hay de ese vino prometido?



Pero... aquel es el caballo del jinete negro.



(Y allí está él, esperando a alguien, juraría.)



Dime, ¿conoces a aquel hombre, Rimeremes?

¿Aquél? Apártate de él, Nippur. Ese no es un hombre. Es la desgracia galopando sobre un caballo negro.



Es Muras, el acadio. Fue un gran guerrero pero una vez, en un saqueo, mató a la sacerdotisa de Samás. Desde entonces los espíritus infernales lo siguen a todas partes. Se dice que no duerme en las noches pues los espíritus no le permiten cerrar los párpados.



Muchos guerreros lo buscan sin cesar para matarlo. Es un maldecido y su muerte traería la bendición de los dioses sobre aquel que terminara con su vida. Por ello...



Dos jinetes aparecieron en la entrada del pueblo.



Mira.

¡Muras! ¡Perro del infierno!



Muras se volvió a ellos. Sus manos rozaban las negras empuñaduras de las espadas que llevaba atadas a las piernas. No habló.



Vinimos a buscarte.



Muras no habló pero en el fondo de sus ojos se encendió una chispa roja.



¡A él!



El hombre de negro no se movió mientras el torbellino de caballos y jinetes se lanzaba sobre él...



...hasta el último momento.



Nunca vi un hombre manejar dos espadas como lo hacía él. Vi molinetes de luz en sus manos.





Y otra vez el molinete alucinante, pero esta vez el molinete era rojo.



La escena quedó flotando en el polvo y el calor del atardecer como una bandera de incredulidad. Un caballo huyó a la carrera.



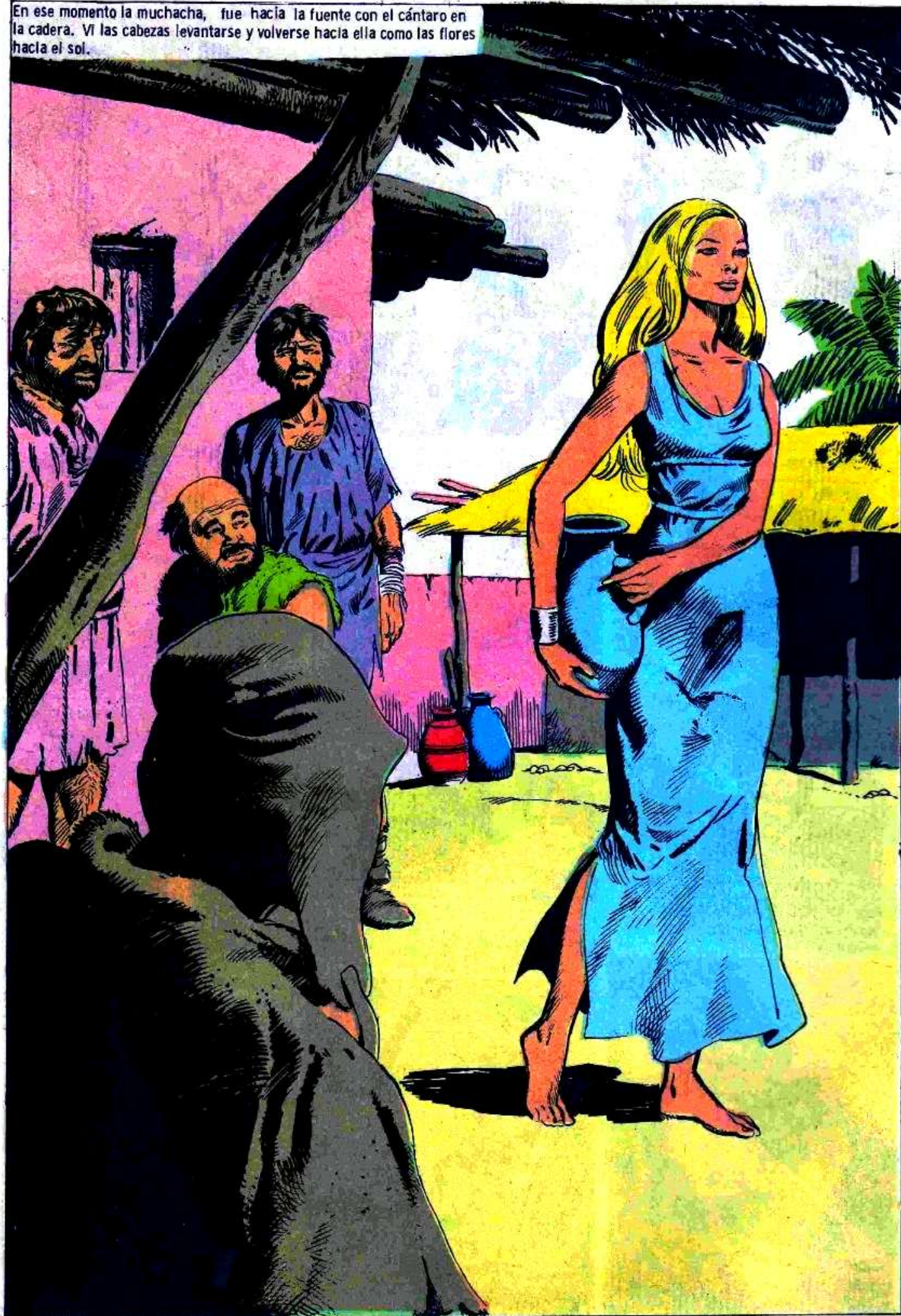
El grupo de hombres acampados cerca del templo miraba la escena con mucho interés mientras masticaba sus panes y sus cebollas. Uno dijo algo y todos rieron.



El hombre de negro limpió sus espadas en las ropas de los muertos y con paso lento se dirigió hacia la taberna. Entonces los hombres de panes y cebollas se acercaron como buitres y comenzaron a saquear los cadáveres.



En ese momento la muchacha, fue hacia la fuente con el cántaro en la cadera. Vi las cabezas levantarse y volverse hacia ella como las flores hacia el sol.



Pero éstas eran flores de un jardín de pesadilla, flores lúgubres que relucían bajo el sudor y la hediondez.



Esa noche bebí y comí con mi viejo amigo. Hablamos de batallas, de lo cual él sabía todo por no haber participado jamás en una y hablamos de mujeres, de las cuales ambos estábamos seguros de saberlo todo.



De pronto oí un grito y un ruido de madera rota.



¿Qué fue eso?

No sé. Me pareció la voz de mi hija.



Dioses...



Se... se la han llevado. ¿Quiénes...?



Yo los vi.



Vacíamos un instante impresionados por el halo siniestro que rodeaba a aquel hombre y por fin...

¿Quiénes?



Hombres de armas que estaban acampados aquí. Partieron con ella al galope rumbo al Buranum. Allí seguramente intentarán borrar sus huellas en el agua.

Quédate aquí, amigo. Yo iré tras ellos.

Pero... ¡son muchos, Nippur! Y tú eres uno solo.



Dos.



¿Por qué tú?

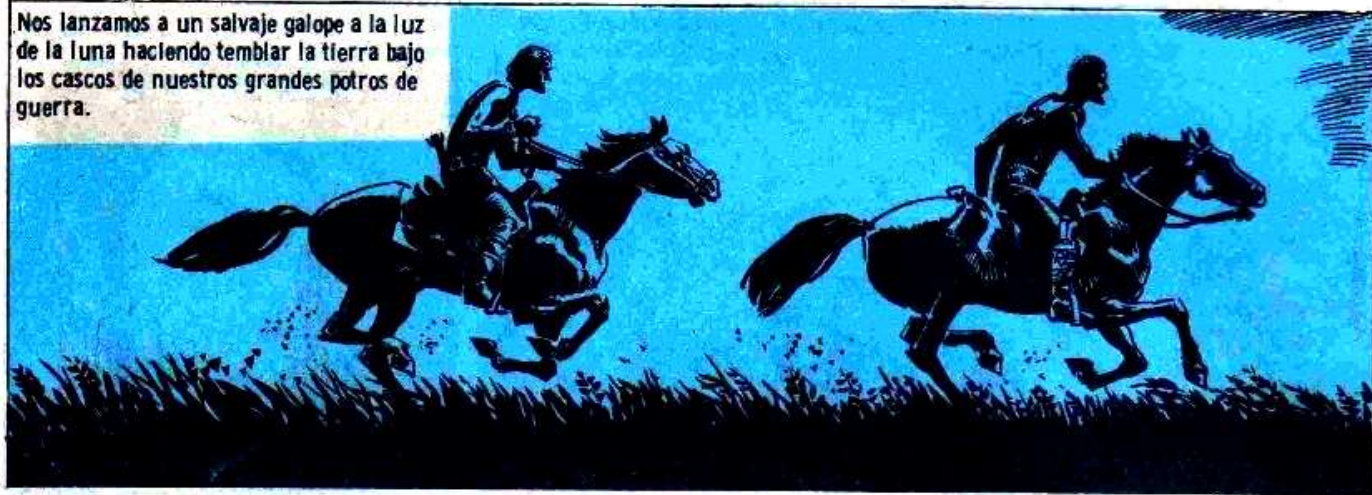


¿Nippur de Lagash hace ahora preguntas de vieja?

Ah. Me conoces. Espera. Buscaré mi caballo.



Nos lanzamos a un salvaje galope a la luz de la luna haciendo temblar la tierra bajo los cascos de nuestros grandes potros de guerra.



Van hacia el río, Nippur. Si llegan allí los habremos perdido. ¡Apuremos!



Mira, Silos. Dos jinetes nos siguen.

Ahí. Veo que hay tontos que buscan la muerte.



Quédate con cuatro hombres y tiéndeles una emboscada y luego reúnete con nosotros en la parte alta del río. Haremos un campamento cerca de la isla de los peces rojos.

Bien.



No te impacientes, bella. Pronto Silos tendrá tiempo para ti.



Y poco después...

Ah. Al fin. Un poco de vino primero...



...y un poco de belleza después.



¡No! ¡No me toques!

Grita si quieres, muchacha. Tal vez los peces salgan de las aguas para defenderte.





¡Ven!



Algo cayó en el centro del campamento casi a los pies de Silos.

¿Qué...?



La voz se le estranguló. La cabeza cortada parecía burlarse extrañamente de él, iluminada por la luz de la hoguera.



¿Quién ha sido?



Yo.



Se levantaron de a poco como seres de pesadilla, gruñendo. La hoguera chisporroteó, y el hombre de negro y yo avanzamos.



¡A ellos!

Uno saltó contra Muras y se ensartó en sus espadas. El hombre de negro no emitió ningún sonido. Su rostro helado parecía brillar como una estrella muerta contra el cielo negro.



¡Ahhh!

Ahora se oía la sangre en el aire y en las espadas. Las bocas negras bramaban injurias.



Y de pronto me enloquecí y, aferrando mi espada a dos manos, me lancé entre aquella horda golpeando con todas mis fuerzas.



Muras también atacó, pero él lo hizo en silencio como si eso no le interesara...



¡Toma!



¡Ahhh!



¡Basta! ¡Nos rendimos!



¿Rendirte? Oh, no.



No. Nos encontraremos dentro de poco, perro y te seguiré matando... pero comenzaré ahora.



¡Ahhh!



Muras... estás herido.

Tráeme mi caballo... rápido...



¿Qué piensas hacer? Hay que curarte.

No. No hay cura. Lo sé yo. Y lo sabes tú. Mi caballo. Quiero morir solo.

Montó lentamente mientras un reguero de sangre bañaba su caballo y su montura.



Así.

Señor... es... es por mí que os han herido.



Señor... es... es por mí que os han herido.

El hombre de negro la observó un rato. Palidecía rápidamente y ya se veía su esqueleto empujando la piel, impaciente por apoderarse de él.



Y de pronto el hombre de negro sonrió. Sonrió y la luz negra de sus ojos voló lejos como un pájaro de desgracia que huyera.

Muchacha... Yo te vi... hoy en el río. Y vi muchas cosas en ti. Tú nunca lo comprenderías porque eres muy joven...



Se volvió hacia mí y me sonrió. De pronto sentí una ternura salvaje por ese desconocido semimuerto.

... pero tú me comprendes, ¿verdad, Nippur? ¿Verdad, hermano? Nosotros los que ya no contamos nuestras arrugas y ya no soñamos...



... y yo la vi hoy... y vi toda la belleza y la juventud del mundo... Por eso no quise que la mancharan... y tú tampoco.



Me voy. Me muero. Adiós, muchacha. Adiós, belleza y juventud.

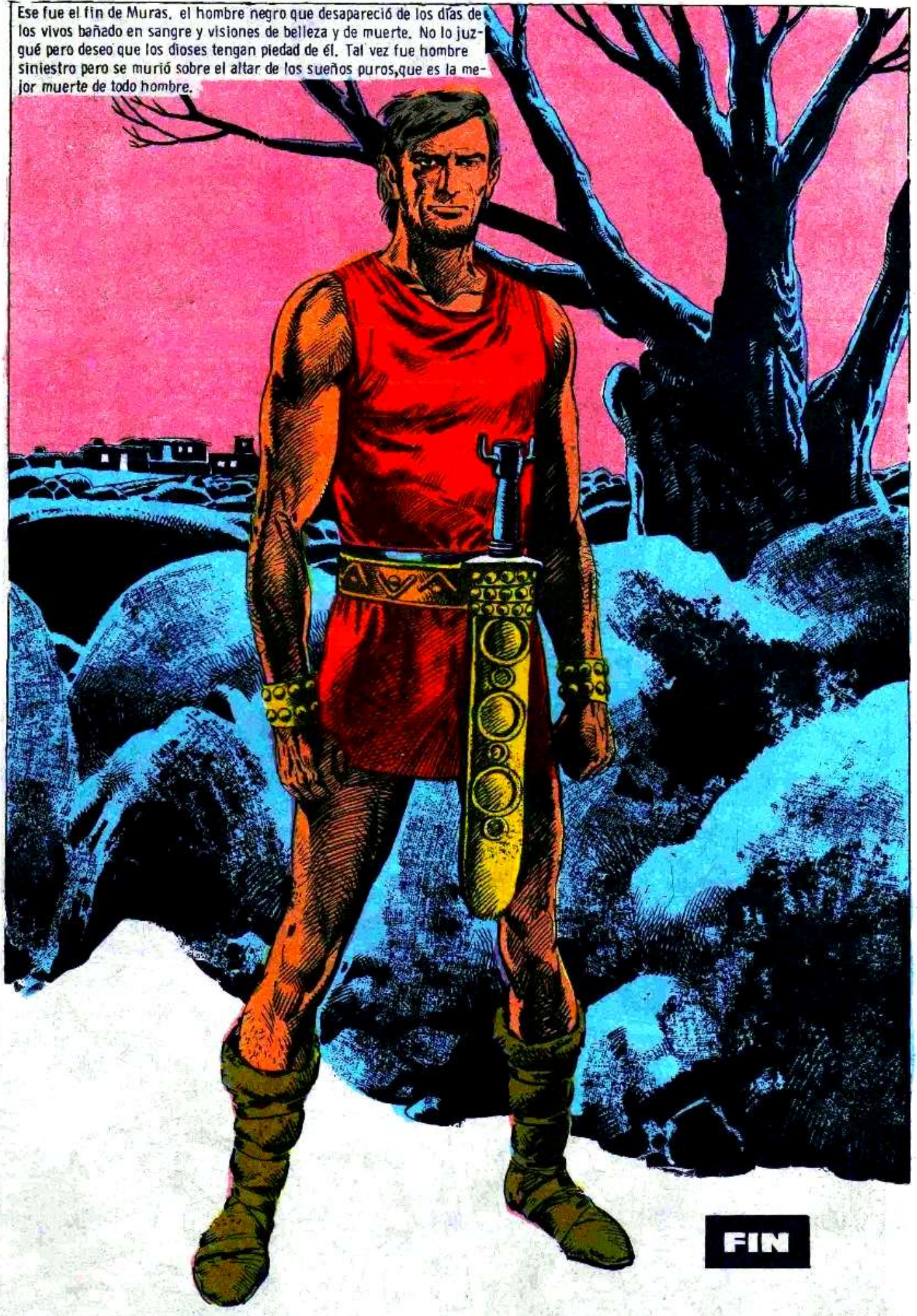


Adiós, Nippur. Adiós, casi amigo.

Difícilmente apuntó su caballo hacia la oscuridad y se alejó hasta ser tragado por ella.



Ese fue el fin de Muras, el hombre negro que desapareció de los días de los vivos bañado en sangre y visiones de belleza y de muerte. No lo juzgué pero deseo que los dioses tengan piedad de él. Tal vez fue hombre siniestro pero se murió sobre el altar de los sueños puros, que es la mejor muerte de todo hombre.



FIN

**NIPPUR DE
LAGASH**

**EL HOMBRE
BLANCO DE
LA MONTAÑA**

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **MULKO**

11146



El hombre blanco vivía en la montaña y por ese simple hecho nadie subía a ella. Se contaban cosas terribles que nadie se atrevía a confirmar y con el pasar de boca en boca esas historias se volvían más y más truculentas.



A veces también se oían chillidos y gritos inhumanos en las altas rocas y se veían sombras fugaces y reflejos de pupilas felinas que llenaban las venas de espanto.

A veces lo veíamos de pie sobre las rocas, inmenso, poderoso, con su cuerpo delgado recortado contra el cielo, mirando a lo lejos.



Todos le temíamos aunque nunca subimos a la montaña. El tampoco descendía y por ello le estábamos agradecidos.



Y sin embargo un día, el hombre blanco bajó.



Yo nunca había visto ojos como los suyos, verdes, relucientes como carbones y que parecían entrados en el cráneo como cuchillos al rojo. Temblé y me eché de rodillas.



Dí a tu gente que quiero que traigan a todas las doncellas de la tribu, hoy, aquí, en este mismo lugar. Esta noche.



Otra vez sentí esa terrible mirada verde que parecía quemar mi cerebro.

No dudé. Me castañeteaban los dientes de terror. Quién oiga esta historia reirá. No debe hacerlo. Es necesario haber enfrentado una vez esa mirada espantosa para comprenderme.





(Pero, ¿para qué quiere él las muchachas?)

Todos se preguntaron lo mismo en la aldea y muchos quisieron negarse pero el terror que tenían al hombre blanco fue demasiado fuerte...

Llevaremos a las muchachas pero iremos con ellas...



¿Qué crees que quiere el hombre blanco?



Tal vez busca una esposa.

La sola idea era absurda pero nadie rió. Y esa noche...



Allí está...

Y..., dime..., ¿qué es eso que se ve detrás de él?



Parece..., parece un hombre...

Parecía..., pero, ¿lo era? Su cuerpo enorme estaba cubierto de un espeso vello blanco y sus ojos eran rosados. Agazapado como una fiera nos acechaba.



Señor... Hemos traído las muchachas... ¿Para qué?



Calla.

El monstruo gruñó sordamente. Un hálito de terror nos inmovilizó...



Se acercó a las muchachas. Era un hombre alto, mucho más alto que nosotros que somos de raza pequeña por descender de los hombres sin pan...



Esta. Me la llevaré.



Pero, señor..., ¿es mi hija!



Me la llevo.

Quién sabe qué reserva tremenda de amor empujó a aquel hombre a sacudir la cabeza y a tirar de su puñal.

No. Es mi hija. No la toques.



Mirahin.



Pero...



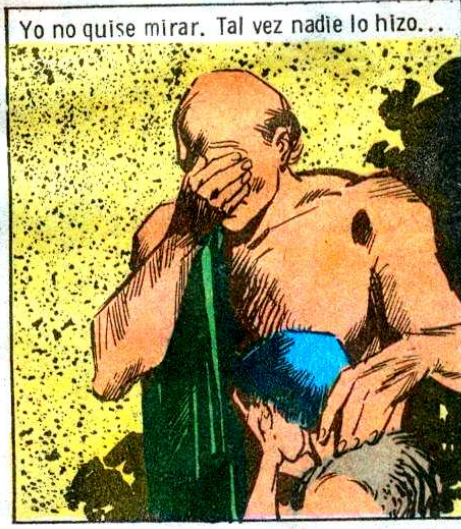
Hubo un gruñido y ruido a hojas aplastadas...



¡Quieto o te...!



¡No! ¡A mí! ¡Socorro!



Yo no quise mirar. Tal vez nadie lo hizo...

Cuando nos atrevimos, ya todo estaba terminado.



Nunca vuelvan a discutir mis deseos. No olviden lo que han visto.



No lo olvidé. Hasta hoy, a pesar de las estaciones idas y de mis cabellos blancos sigo oyendo el horrible grito de la muchacha arrastrada hacia aquella montaña desnuda y negra.





Pasaron muchos soles luego de esa noche horrible hasta que en otra noche...

Oigo algo, ¿y tú?

Sí...



¡Mira!



Avanzaba fantasmal en la noche y una garra helada nos estranguló. Era ella, pero sus cabellos era ahora blancos y sus ojos rosados miraban sin ver...



El brujo... Le ha hecho algo...

Su cabello... Es igual al del monstruo...



Desde ese día el terror fue nuestra compañera diaria y los rumores de la montaña nos hacían huir a los más profundos escondrijos de la selva. Pero un atardecer...

¡Eh, tú!

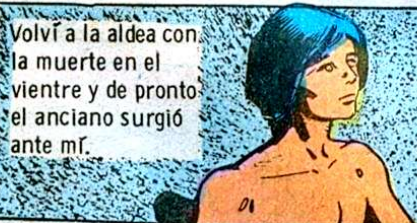


¿Señor...?

Dí a tu tribu que mañana a la noche traigan a todos los jóvenes varones al mismo sitio de la vez anterior.



Quise protestar pero entonces vi el bulto blanco en mi memoria y un gruñido cavernoso me heló la sangre.



Volví a la aldea con la muerte en el vientre y de pronto el anciano surgió ante mí.



¿Eres de la región, joven?



Me sorprendió su cabello y su barba larguísima, blancos como las nubes y sus ojos verdes, tan verdes como los del hombre blanco (eso lo pensé después) pero llenos de bondad y luz...

Sí, anciano. ¿Buscas algo?



Tal vez. Llévame a tu aldea. Desearía comer algo y descansar.



El fue testigo de la desesperación y los llantos de mi gente al oír la terrible noticia. No dijo nada. Simplemente, sentado ante el fuego miraba las llamas.



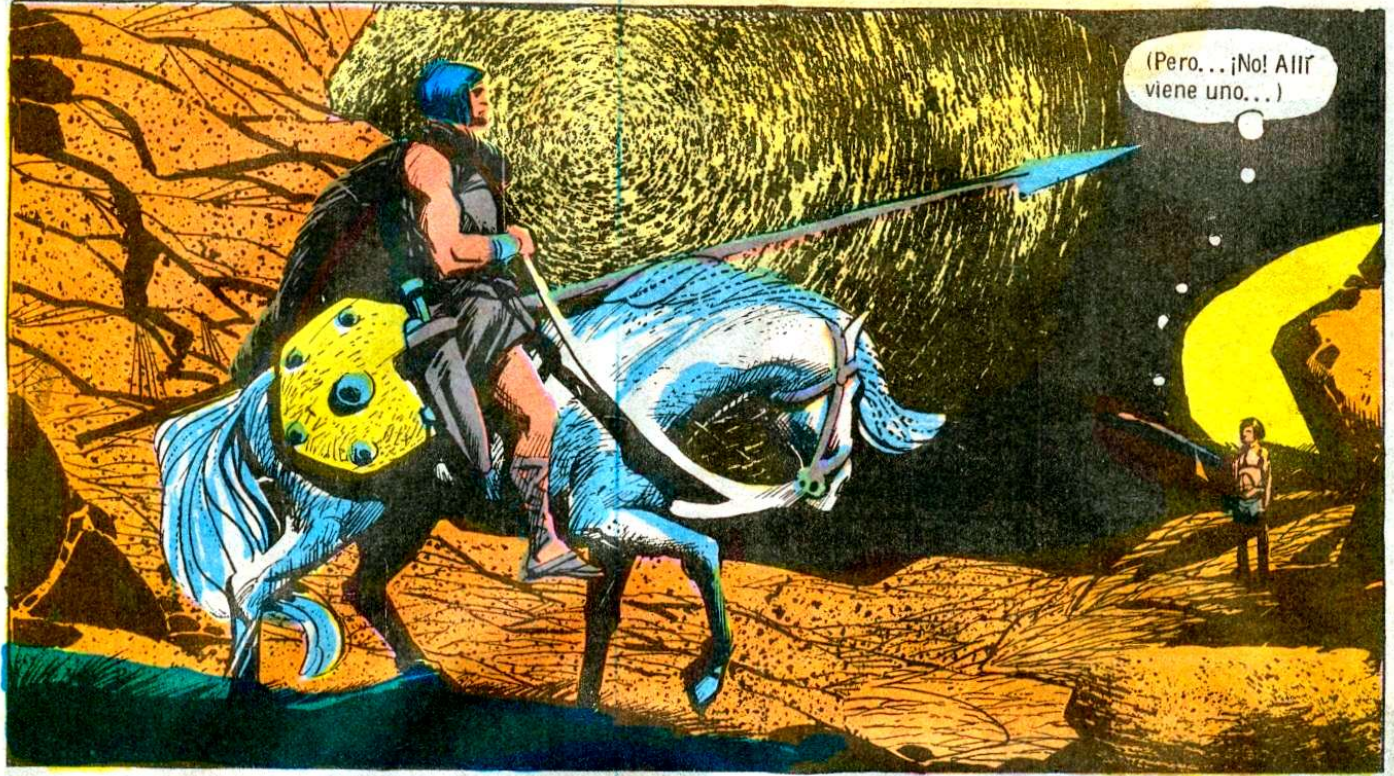
De pronto...

-Muchacho, vete junto al camino. Espera un rato y verás un jinete. Tráelo aquí.

¿Un jinete?



(¿Un jinete? Nunca viene nadie por aquí... El anciano debe divagar.)



A la luz de la luna lo vi bien. Me impresionó su inmensa talla y los músculos gigantescos de su cuerpo. Parecía tan fuerte como un toro y sin embargo no respiraba amenaza.

Señor, el anciano quiere que vengas.

¿Anciano? ¿Qué anciano?

Yo tampoco sé quién es, señor. Simplemente me dijo que te buscara.

Lo vi mirarme intrigado pero fue evidente que la curiosidad fue mucha para él.

Guñame.

El anciano apartó los ojos de la hoguera y sonrió al jinete cuando éste descendió. Los de mi tribu lo miraban de lejos admirando su talla y su cuerpo formidable.

¿Tú me hiciste buscar, anciano?

Sí, Nippur. Yo te hice llamar. Y no solamente desde el camino.

Me conoces, anciano, pero yo estoy seguro que nunca te he visto antes.

En efecto, Nippur. Nunca me habías visto antes y yo tampoco pero el fuego te ha traído aquí. Te necesitaba.

¿Me necesitas? ¿Para qué?

Vengo de una tribu extraña, Nippur. Una tribu que mora en lugares cuya existencia tú ni sueñas, sobre montañas que están más allá de la memoria y de los hombres. Somos seres que exploran fuerzas misteriosas y que conocen los mundos de los muertos.

Poseemos poderes tremendos pero nuestros votos nos prohíben servirnos de ellos. Somos puros y no buscamos el poder humano...

Señaló la montaña negra y brillante bajo la luna.

... pero allí mora un hombre, uno de los nuestros que ha traicionado los votos, Nippur. Y yo debo destruirlo.



Y tú debes ayudarme.



El guerrero gigante lo contempló pensativamente un largo rato. Las palabras del anciano nos habían hecho congregarnos a su alrededor. Por fin...

Cuéntenme.



Le contamos.

Ya veo.

Hubo otro largo silencio y el guerrero meditó y yo pensé que se negaría. ¿Qué hombre podría aceptar una empresa tan terrible sin ninguna razón?



Está bien.



Subiremos esta noche, cuando falte poco para el amanecer.

Muy bien.



En ese caso iré a dormir un poco. Despiértame cuando llegue la hora.

Muy bien.

Y sin embargo el guerrero dormía, roncando plácidamente como si nada en el mundo lo amenazara. Su gran espada de guerra arrancaba luces de la hoguera.



Y en los últimos aleteos de la noche se alejaron...



¿Por qué yo, anciano?

Hay cosas contra las cuales yo puedo luchar, Nippur, pero todos mis poderes no hacen que yo sea más que un anciano. El tiene poderes y tiene la fuerza. Por ello te necesitaba. Ahora estamos parejos.



Allá está la cueva, ¿lo sorprendemos?

No. El ya debe saber que nos acercamos.



Alto. ¿Quién se atreve a entrar en mis tierras?

Yo. Yo que he venido a juzgarte, Birkaham. Yo, el anciano.



¡Maldito seas! ¿Hasta aquí me has perseguido? ¿No han bastado los mares y montañas que puse de por medio, terco? ¿Tanta decisión tienes?



Lo sabes bien. Traicionaste nuestra fe y utilizaste los poderes para el mal. No te permitiré crear esa raza de monstruos que has planeado. Y hay una sola manera de conseguirlo.



No. No podrás detenerme, anciano.



¡Mirhain!



El monstruo se movió y su pelambre de plata cimbrió bajo la luna. El guerrero tiró de su espada...



El bramido retumbó en la noche haciendo temblar la montaña...



Un golpe de las enormes zarpas hizo tambalear la montaña...



Un golpe de las enormes zarpas hizo tambalear al guerrero...



(Sus manos... No puedo dejar que me sujete...)





¡Que no huya, Nippur!
¡Que no llegue a la cueva!



El guerrero actuó por instinto... como si algo profundo lo empujara...



¡Ahhhhhhh!



El grito repercutió en el cielo y pareció ser absorbido por el magnífico sol naranja que se alzaba majestuosamente sobre la montaña.



Mis ojos... Mis ojos...



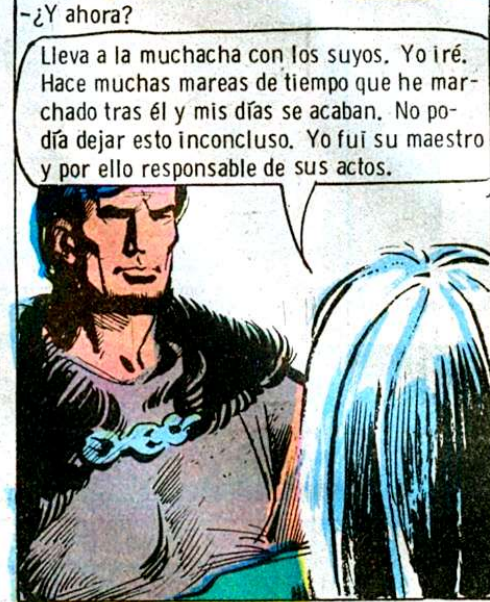
Pero...



¿Dónde estoy?



Ya está, Nippur. Ya ha terminado la oscuridad. Tenía que atraparlo a la luz. El era el amo de las tinieblas y en las sombras de la noche había poderes que formaban como una armadura para él. Y yo debía encontrar una fisura.



-¿Y ahora?

Lleva a la muchacha con los suyos. Yo iré. Hace muchas mareas de tiempo que he marchado tras él y mis días se acaban. No podría dejar esto inconcluso. Yo fui su maestro y por ello responsable de sus actos.



Anciano. ¿No puedo saber más sobre ti?

No, Nippur. Es mejor para ti. ¿No es acaso ya bastante pesada la carga de ser un hombre como tú para que busques otros pesos?



Los dioses te bendigan, Nippur.



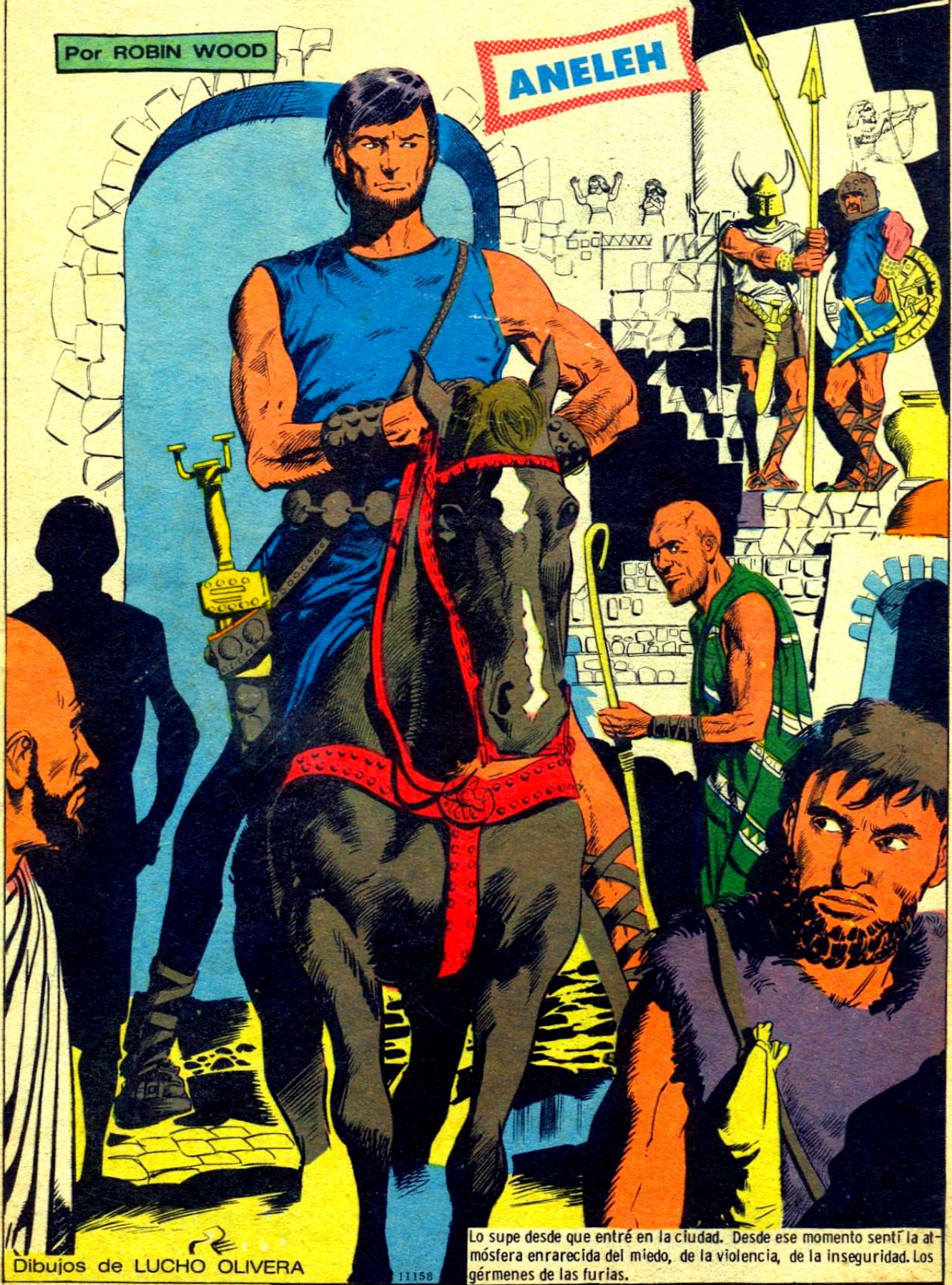
El sol se levantó más y más y por primera vez en muchísimo tiempo, repentinamente, todos los pájaros del mundo parecieron estallar en un canto jubiloso...

FIN

NIPPUR DE LAGASH

Por ROBIN WOOD

ANELEH



Dibujos de LUCHO OLIVERA

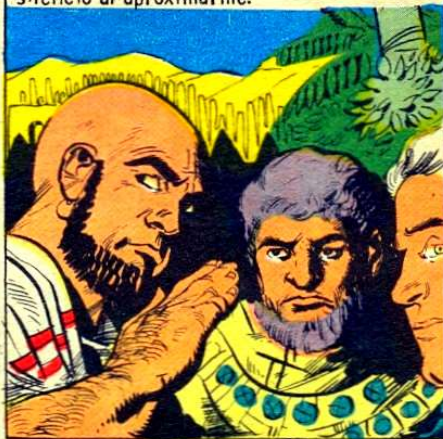
11158

Lo supe desde que entré en la ciudad. Desde ese momento sentí la atmósfera enrarecida del miedo, de la violencia, de la inseguridad. Los gérmenes de las furias.

No fue necesario que viera a los gigantescos guerreros hititas (seguramente mercenarios) de pie en las murallas, pesados sobre sus piernas de atletas y con la espada cruzada en la espalda.



No fue necesario que advirtiera las miradas recelosas que el pueblo echaba a mi paso ni cómo sus voces se convertían en charcos de silencio al aproximarme.



(Todo eso habla de miedo. Mercenarios en las murallas. Silencio en el pueblo. Ah, sí. Huelo la discordia.)



En ese momento vi a Ilioem, de pie en su terraza, con los puños sobre la balaustrada y su hermosa cabeza barbada levantada hacia el cielo, como ignorando todo aquello que se escurría a sus pies, hombres, insectos, vida. Ilioem, el del puño de hierro.



Y vi también el sello de su poder.



La muchacha y su compañero estaban cerca del cadáver, solitarios en medio de la ciudad. Parecían indiferentes al olor terrible de la carroña y a algo más sutil que ese olor y más hediondo aún. Al miedo de los demás.



Ella era Aneleh (eso lo sabría más tarde), y en su rostro grave y limpio no había expresión. Solamente una mirada verde que no se despegaba de aquel cadáver descompuesto.



Oiram, de pie tras ella, estaba inquieto, pero no me pareció inquieto por sí mismo sino más bien por ella. Echaba miradas nerviosas hacia los gigantescos hititas.



Detuve mi caballo junto a ellos. Estábamos solos en medio de esa plaza de piedra y silencio. Ellos, yo, el muerto hediente y el lejano tirano en su balcón contra el cielo.



¿Era alguien tuyo, muchacha?



La mirada verde planeó lentamente hacia mí. Meneó la cabeza.



Miré a los hititas en las murallas. Entonces, ¿qué haces aquí? Creo que estás arriesgándote al exhibirte así ante los ojos del señor de tu ciudad.



Lo sé, pero ese hombre, ese desconocido, murió por atreverse a enfrentarse a Ilioem. Cuando lo mataron estuvo solo pero no quiero que siga solo. Esperaré hasta que lo descuelguen y entonces le daré sepultura.



Oiram miró nerviosamente a su alrededor y se acarició el cuello.

O tal vez nos entierren a todos juntos.



Si todo lo que quieres es eso, muchacha, es fácil de solucionar.



Adelanté mi caballo haciendo retumbar las piedras de la plaza y...



Ahí lo tienes, muchacha. Es tuyo.



Eh, tú. ¿Cómo te has atrevido?

Era un hitita de las montañas del Cuello del Buitre, una raza dura y despiadada, y sus ojos negros quemaban por debajo del arco de bronce de su casco.

Ese hombre fue castigado por nuestro señor Ilioem. Nadie puede tocarlo.



Suficiente castigo tuvo, hitita. Déjalo descansar ahora.



Con esa gracia de gato salvaje que sólo los hititas poseen desenvainó su espada. La hoja de bronce se volvió sol apuntada hacia mí.



Cuélgalo otra vez, viajero.

Sentí mi sangre golpeando. Odio la raza de los despiadados.



Oblígame, hitita.



Déjalos que se lleven el cuerpo. De todas maneras yaapestaba demasiado y me hacía perder el apetito.



Vamos. Los ayudaré a llevar el cadáver.



Oíram me miró irritado.

No necesitamos ayuda, extranjero. Puedes seguir tu camino.

Cállate.



Iliem se aproximó a nosotros. No me desagradó su aspecto. Tenía aire de rey y de poderoso y una vieja nostalgia perdida en sus magníficos ojos azules.



Aneleh, ¿hasta cuándo vas a continuar provocando mi cólera?

Hasta derrocarte, Iliem. Hasta precipitarte desde tu balcón contra estas losas de piedra. Hasta que la gente de mi pueblo pueda abrir puertas y ventanas y reír y cantar sin ser ensombrecidos por el estruendo de bronce de tus mercenarios.



¿El pueblo? ¿Qué es el pueblo? ¿Esos hombrillos asustados? ¿Esas mujeres viejas? ¿Ese chiquilín de nariz sucia? ¿Ese rebaño que huele mal?



La muchacha asintió.



Sí. Todos ellos. Y también las murallas y las fuentes y el cielo de mi ciudad y los olivares y las corrientes de agua y las ovejas. Todo eso.

Iliem se encogió de hombros y nos dio la espalda. Seguido de sus enormes hititas de cuellos de toro regresó a su triste palacio de piedra. Ella se volvió a mí.

A todo esto. ¿Quién eres tú, extranjero?



Nippur. Nippur de Lagash.



Supe que me conocían, que habían oído mi nombre pero ninguno evidenció ninguna reacción. Solamente ella asintió con la cabeza.



Ah, sí. El errante.

Enterramos el cuerpo en un campo de trigo y lanzamos puñados de tierra en el viento por el descanso de su alma.



Por fin...

Debemos volver, Aneleh. Aún tenemos reunión con los compañeros.



Sí.

¿Vienes con nosotros, Nippur? Debes tener hambre.



En efecto.

Esa noche vi muchas caras que eran nuevas y al mismo tiempo no lo eran. Caras jóvenes, patrióticas, inocentes, caras de hombres que creían en cosas que eran para mí palabras.



El tirano debe ser destruído y entonces...

Y de repente sentí la mirada verde de sobre mí.



Te aburres, ¿verdad, Nippur?

Podía aburrirme de todos pero no de Aneleh. No porque ella fuera diferente sino porque ella ardía con un fuego rabioso e inocente que me traía un resabio agri dulce de mi propia juventud.



Yo no creo en esto, Aneleh.

Claro que no, Nippur. Tú eres el errante, el hombre sin ciudad y no comprendes nuestra loca pasión por cuatro mura llas y por un trozo de tierra, tú que ni siquiera eres capaz de amarte a ti mismo.



Eres dura.

No. Peor. Soy patriota.

Y ella me miraba sin interés con sus ojos verdes y su idioma diferente. Supe que había un abismo entre nosotros y que yo nunca lo franquearía.



Y siempre cerca mío estaba Oiram, silencioso y más peligroso que todas las fuerzas del infierno. Y de pronto tuve curiosidad y me volví a él...



Oiram, ¿tú peleas por tu ciudad?



Y me sonrió sin tolerancia y sin aprecio.

Yo peleo por Aneleh, incorruptible.



Y supe que él era peligroso porque se conocía a sí mismo y era como un leopardo en una reunión de gatos. Un hombre fiel, un hombre honesto, es siempre el ser más peligroso que existe.

Y Oïram me sopesaba cautelosamente sin pasión, simplemente considerando mi vida o mi muerte en términos de conveniencia. Acaricié mi espada para advertirle que leía sus pensamientos.



Me voy.

Esta casa es siempre la tuya, Nippur. Vuelve cuando quieras.



Nippur...

Iïoem, ¿qué haces aquí solo? Arriesgas tu vida.



¿Me crees un tonto, Nippur? Hay flechas centradas en ti desde todos los extremos de esta calle. Soy prudente y más aún porque conozco bien a Aneleh y a Oïram. Yo supe utilizar su patriotismo cuando Ictarim era rey. Ictarim amaba los baños de sangre y la brutalidad, y el pueblo gemía bajo su puño como un cordero de patas rotas.



Yo supe decir las palabras justas y dejé que fuera destronado. Dejé que Aneleh sublevara al pueblo y luego tomé el poder. Me senté en el trono con humildad y con humildad me conduje hasta que tuve suficiente fuerza y suficientes soldados para arrojar mi manto de sonrisa y de blandura.



Me miró y lanzó una risita.

Yo no soy como tú, Nippur. A mí no me llaman el incorruptible. Bebí el poder y eso me separó para siempre del pueblo. Bebí el poder y me volví solitario y corrompido. Y me gustó. Amo el poder y lo conservaré a cualquier precio.



Y ahora deberé terminar con Aneleh o mi copa se volverá veneno.



¿Por qué dices eso? ¿Por qué me dices eso a mí?



No lo sé. Tal vez porque eres alguien que pasa, alguien a quien nada de esto interesa.



Me aparté de él y marché unos pasos. Me detuve.

No toques a Aneleh, hombre. En ella hay lo mejor que todos nosotros tenemos. Si la tocas me tendré que alzar contra ti.



¿Por qué? Nada tienes en común con esos soñadores.



No toques a Aneleh, hombre.



Conseguí hospedaje, comí y bebí y luego huí por el valle de los sueños hacia las laderas de las sombras donde crecen flores como pájaros de pedrería.



De pronto un gran frío me despertó.



¿Quién...?

¿Dónde está Aneleh, sumerio? Habla rápido. Te estás jugando la vida.



El cuchillo no temblaba y su voz estaba serena. Comprendí que mi vida se columpiaba sobre un cabello.



No lo sé, Oiram. No la he visto.

Te seguí, Nippur. Te vi hablar con Ilioem. ¿Eres un espía suyo? ¡Habla!



Saca ese cuchillo de mi garganta, imbécil. Si Aneleh ha desaparecido hay un solo lugar donde debemos buscarla.



¿Dónde?



El palacio de Ilioem.



La noche estaba negra como la muerte y los conjurados se ocultaban en los grandes jardines escondiendo puñales y espadas en sus mantos.

Oiram y yo entraremos primero escalando la torre. Cuando las puertas se abran hacedlo vosotros.



¿Listo?

Listo.

La roca era quebrada y llena de aristas y la ascensión fue dificultosa.



¡Un hitita...

Déjame a mí.



Pero...

Hubo un gruñido terminado en borboteo. En efecto, Oiram era la fuerza temible detrás de Aneleh.



Oigo voces hacia allá.



Mira.



Aneleh, tienes la tozudez de una mula. ¿Qué buscas con esta demente obsesión? ¿Comprendes que puedo matarte?

No. No puedes matar al pueblo y a las murallas. Tendrías que arrasar todo y convertir todo en un erial de fuego para matarme. ¿Me comprendes?



¡Al diablo contigo! ¡Me has hartado! ¿Sabes lo que ocurrirá contigo? ¡Nuras!



El bronce brilló suavemente bajo las antorchas. Oímos el canto de una fuente.

Y luego la risa de Aneleh, su risa que era como un pez de plata navegando en el agua verde de sus ojos.



¿Y crees asustarme? Pobre Iloem. Pobre...

Termina con ella, Nuras.



Oiram se movió. No lo oí pues sus pies parecían hijos del gato. Sólo vi las láminas rojizas de los cuchillos.



¡Ahhh!



De un salto tremendo me encontré en el medio de la gran sala. Gritos hititas quebraban la noche.



¡Ahhh!



No vi a Oiram pero lo imaginé corriendo hacia las grandes puertas contra las cuales se apretaban sus compañeros. Tomé otra espada del suelo. Los hititas me rodearon.



Vi las hojas de bronce que se alzaban, y rugí, y golpeé de derecha a izquierda.



Algo me hirió el costado.



Golpeé atrás... adelante. Resbalé en un charco de sangre. Sentía mis cabellos erizados como los de una fiera y el sudor envolverse como una segunda piel viscosa.





Los hititas son buenos guerreros pero superados diez contra uno no pudieron hacer mucho.



Y Oiram marchó con paso firme hacia el trono, con sus cuchillos balanceándose al extremo de sus manos. Ilioem no se movió.



Recién cuando Oiram estuvo frente a él pareció recobrar vida. La pesada espada se alzó al encuentro de lo inevitable.



Yo sabía que Oiram era peligroso pero lo era aún más de lo que creí. Detuvo ese golpe con una habilidad espeluznante.



Detuvo el segundo golpe. Oí el gruñido de furia, de angustia, de desesperación de Ilioem.



Y entonces todo terminó con un golpe seco que resonó hasta el último rincón del palacio silencioso.



No cayó del trono. Murió en él, no como si fuera un sitial de honor sino simplemente como si fuera un asiento incómodo.



Un vitoreo tremendo se alzó en las salas del palacio y otro le contestó desde las calles, desde las plazas, desde todas partes.



Sin decir nada a nadie salí a la noche y busqué mi caballo.



¿Te vas sin despedirte, Nippur?



Es mejor así.

¿Por qué? Eres uno de los nuestros.



No, Aneleh. Y tú lo sabes tan bien como yo. Yo he sido un accidente y ningún accidente puede convertirse en costumbre. Yo pasé, dejé una marca como lo haría un pájaro o un rayo, eso es todo.



Bajo la luna de plata ella tenía los ojos verdes. Nos miramos sin palabras y sin nada que decimos. Simplemente alzó una mano y dijo...

Adiós.



Hice sonar las piedras bajo mi caballo y lo lancé al trote rumbo a los olivares de plata y al camino sin fin, mi reino, mi esencia.



Atrás quedó Aneleh, ciudad, pasión, belleza, el amor por sus murallas, su cielo y su gente, su sonrisa como un pez de plata en el mar verde de su mirada.



Fin

NIPPUR DE LAGASH

LA VENGANZA INÚTIL

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

Descendieron de las montañas del norte donde se dice que viven los hijos del olvido, los del cuerpo dorado y alas de águila. Bajaron en una larga y lenta cabalgata en joyada de polvo.

Riamas iba a la cabeza, con su expresión fatigada y los ojos lentos de mirar cosas que los hombres nunca deberían mirar. Riamas, que una vez fue joven pero que casi lo había olvidado...

Y detrás sus primos, cuatro bestias de guerra de anchas espaldas y gestos decididos. Llevaban las espadas colgadas del pescuezo de sus caballos y se sentían incómodos lejos de sus montañas.



Muchacha...

Estoy acostumbrada a ver la admiración en los ojos de los hombres cuando me ven pero en los ojos de Riamas sólo vi fatiga.

¿Qué deseas?



Busco a un hombre llamado Nippur.

Y agregó como si no bastara. Como si no supiera que con eso bastaba:

Nippur de Lagash.

No contesté y nadie lo hizo a mi alrededor. El carraspeo y repitió:

Busco a un hombre llamado Nippur de Lagash. ¿Lo conocéis?





¿Por qué lo buscas?



Mató a mi hermano. Lo asesinó.



Eso no es verdad.



¿Qué quieres decir? Habla.



Tu hermano formaba parte de la banda de Irlmin, el del rostro dislocado, y llegó a este pueblo con su horda de bandidos. Quemaron. Mataron. Tu hermano fue el peor.



Luego la banda se alejó pero tu hermano no. El se quedó persiguiendo a una joven en el bosque. Allí se topó con el hombre de Lagash a quien la joven había pedido protección...



Le sonreí con desprecio...

Tu hermano era bueno para pelear con mujeres y el hombre de Lagash fue demasiado hombre para él. Lo mató con un golpe de puño. Lo aplastó como se aplasta a una alimaña. Yo lo sé bien. Yo era esa mujer.



No hables así. El era mi hermano.



Ser tu hermano no lo elevó ni una pulgada sobre los demás y ser como era en cambio lo hundió más de lo que nadie puede hundirse.



Cuídete la lengua, mujer. Podrían cortártela.



Cuídete el corazón, hombre. Puede pudrirse.



Se alejaron pesadamente entre el ahogado murmullo de los cascos sobre el polvo, ofreciéndonos un horizonte de anchas espaldas y pomos de espadas.



Fui a mi casa llevando el cántaro. Oí la fresca danzando a cada paso.



Nippur dormía con su gran cuerpo cosido de cicatrices extendido como un águila sobre las pieles de oveja. Vi que una de sus manos (ni siquiera el sueño lo dejaba olvidar su sangre ebria de guerras) reposaba sobre su espada...



Nippur... Despierta...



Me gusta cuando él abre los ojos. Hay un instante, apenas un instante, en que se ve muy indefenso y casi puedo imaginar un niño mitológico y lejano que también tuvo esos ojos pardos y bondadosos...



Pero es sólo un instante. El guerrero crece y el niño anciano se muere en sus ojos pardos.

Hola, pequeña. ¿Qué hay?



Lo beso. Acaricio su rostro. Siempre me recuerda un pájaro que una vez tuve. También con él tenía esa sensación de que en cualquier momento lo perdería, escurrido de entre mis dedos.

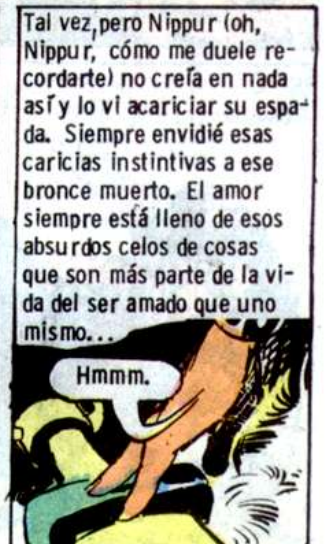
Hombres, Nippur. Te buscan...



¿Hombres?
Sí. El hermano del hombre que mataste en el bosque.



¿Dónde está?
Se han ido hacia las colinas. Le dijimos que no estabas aquí. Tal vez me creyó...



Tal vez, pero Nippur (oh, Nippur, cómo me duele recordarte) no creía en nada así y lo vi acariciar su espada. Siempre envié esas caricias instintivas a ese bronce muerto. El amor siempre está lleno de esos absurdos celos de cosas que son más parte de la vida del ser amado que uno mismo...

Hmmm.



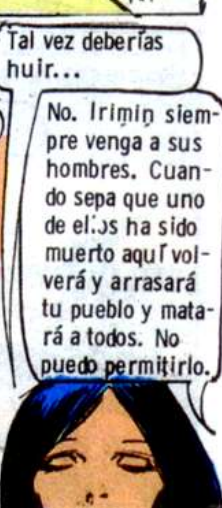
¿Son bandidos?
No. Son montañeses. Gente honesta y bruta. Han venido a vengar a un pariente, no a un bandido.



¿Se ha sabido algo de Irimin?
No. Debe seguir dando vueltas por la región. ¿Qué harás?



Se puso de pie y su cuerpo monumental pareció llenar mi choza.
No sé. Iré a tratar de ver si encuentro huellas.



Tal vez deberías huir...
No. Irimin siempre venga a sus hombres. Cuando sepa que uno de ellos ha sido muerto aquí volverá y arrasará tu pueblo y matará a todos. No puedo permitirlo.



Cuidate.



Yo no pensaba en peligros o en bandidos con hombres atroces mientras lo miraba alejarse bajo el sol. Miraba ese cuerpo colosal y un gusto a cenizas me quemaba la boca al pensar que un día (no lejano, oh sí, lo sé) se iría pero esta vez sin volver.



(No. No hay huellas. El bandido debe aún estar al norte de los valles.)



(¿Y la muchacha?)



(Tal vez lo mejor sería buscarlos. Una flecha plantada bastaría para acabar con Irimin y su horrible rostro.)



(Buena pregunta... y no tiene respuesta...)



Pero...



¡Ahhh!



¡A él, Nukhas!



¡Ahhh!



¡Ahhh!



Pero...

Quieto ya, hombre. Aún no es el momento de tu muerte. No apures el vino negro.



¿Quiénes sois?
Lo sabes bien y sabes por qué estamos aquí. Las noticias corren rápido en las montañas. Nos debes una sangre...



Tu hermano era un bandido.



CROK!



No vuelvas a repetirlo, guerrero. Te quiero vivo para sacrificarte sobre la tumba de mi hermano Muirham. De esa manera él descansará en paz. Es nuestra ley.



Una carcajada extraña llegó desde sus espaldas. Era un sonido extraño y escalofriante como el gorgoteo de una fuente moribunda.



¿Quiénes sois?

El jinete del rostro horrible guiñó los ojos intentando algo que parecía una sonrisa. Su quijada colgaba fláccidamente como desconectada del rostro, dejando escurrir un hilo de saliva sobre el mentón bamboleante...



Soy Irlimin y yo también buscaba a este hombre.



¿Por qué?
Mató a uno de mis hombres. ¿Y tú?



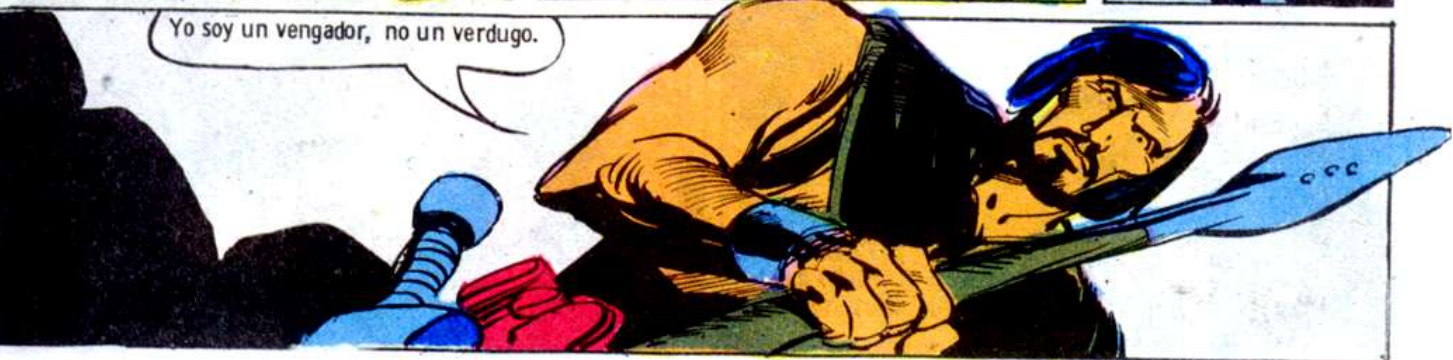
Mató a mi hermano Muirham.
¿Muirham? Ese era mi hombre.



¿Qué harás con él?
Lo mataré.



En ese caso no hará falta que yo intervenga. Hazlo lentamente.



Yo soy un vengador, no un verdugo.

El horrible jinete se encogió de hombros y taloneó su caballo.



Haz lo que quieras. Es tuyo.

Espera. ¿Cómo conocías a mi hermano?



Era uno de mis hombres. Ya te lo he dicho.

¿Eres tú un guerrero? ¿Un soldado?



El rostro de pesadilla se volvió hacia el grupo y una especie de horrible sonrisa hizo bailar la mandíbula dislocada...



Si... Yo soy un guerrero. Un soldado.



¿Quién es tu rey?



Mi estómago.



Hubo una carcajada entre sus seguidores y lanzaron los caballos al trote con gran estrépito de espadas y escudos.



Los cinco hombres se miraron. Rimas tenía los ojos repentinamente despiertos.



Sigámoslos.

Pero, ¿por qué? Tenemos al hombre.



Sigámoslos.

Van hacia el pueblo donde hablamos con la muchacha.



Oye, amigo... Ellos van a...

Cállate, forastero. No olvides que tu cabeza no está muy segura sobre tus hombros.



Si.



Mira... Encienden antorchas...

Sí...



Sí...



Por un largo instante los cinco hombres miraron al primero. Oían el resollar de los caballos al descabalar los bandidos...



Por fin...

Dale su espada.



(¿Qué es ese ruido? Parece que muchos hombres se acercaran...)



Pero...



¡Los bandidos! ¡Los bandidos!



¡Ven aquí, hermosa! ¡Yo quiero un buen botín esta vez!



Pero...

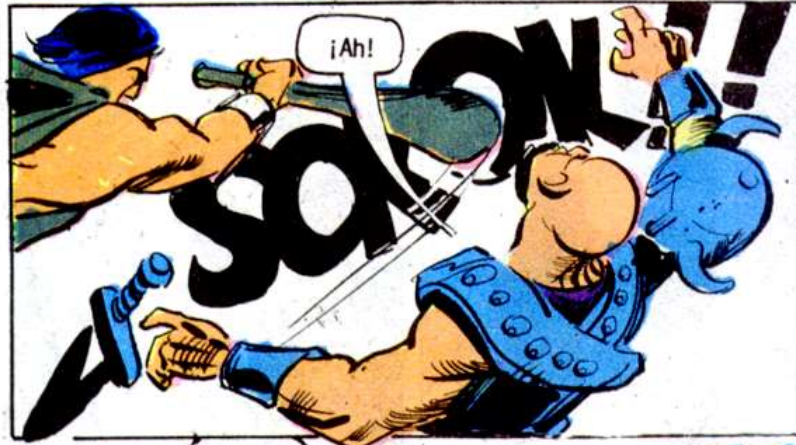
Surgieron a través del humo negro de las antorchas. Seis hombres poderosos marchando en fila con las armas relampagueando al sol.



¡A ellos!



El choque fue tremendo. Vi a Nippur embestir como un toro furioso. Su cuerpo de gigante bastó para arrojar un puñado de bandidos a tierra.



Hacía mucho que los bandidos peleaban solamente con indefensos campesinos o con mujeres o con barriles de vino. En cambio Riamas y sus primos eran grandes montañeses acostumbrados a luchar contra los osos.



Un bandido se cruzó en su camino y fue como si se hubiera puesto de pie ante el mar...



Vi caer a Nippur. Un golpe había destrozado sus ropas y su pecho enorme chorreaba sangre. Bramaba furioso y golpeaba como un leñador.



En ese instante vi al hombre del rostro dislocado aparecer enhorquetado en su caballo, horrible sólo de ver...

Y vi a Nippur de pie en su camino.





Perro...



Hubo un grito absurdo, ahogado por el odio y el caballo dio un salto.



Ven.



Nippur no se movía...

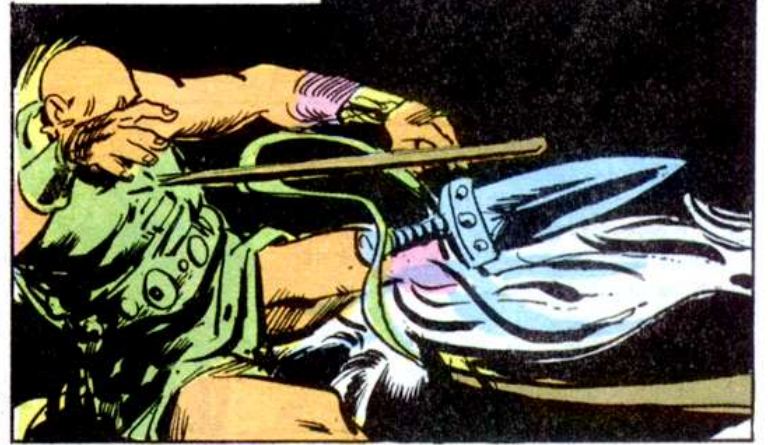


Ya estaba casi sobre él...

El golpe fue terrible y sonó como el estampido de una madera quebrada.



En ese momento Nippur se movió con la velocidad de una serpiente.



Ah... Ah... Ah...



Intentó levantarse pero ya los jueces negros tiraban de sus piernas. Con un último estertor quedó inmóvil.



Luego todo quedó en silencio. Por fin...

Vámonos.



NIPPUR DE LAGASH

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

EL BUEN REY Y SU PUEBLO



Me gusta oír cantar el viento y tanto como ello me gusta diferenciar su canto. Cierro los ojos e identifico su murmullo sobre las rocas o entre las hojas de los árboles. El viento varía su música y convierte todas las criaturas y los objetos en sus instrumentos...

Ah sí. Viejo músico el viento. Sabio. Ignorado excepto por los solitarios o los poetas, aquellos que ven oro en el polvo y fantasmas en la lluvia.



Me llamo Nippur de Lagash y conozco los mil caminos que llevan a ninguna parte y los mil vientos que soplan sobre esos interminables senderos de la inutilidad. Y me gustan. Me gustan esos caminos sin meta y esos vientos sin barreras. Me gustan porque huelen a libertad.

Y para mí, para Nippur, la libertad es ya esencia de la sangre, es como la sustancia mineral de las piedras y de las aguas.



(Hay gente en el camino.)



Eran varios carros, no de guerra sino de esos que usan los ricos para moverse y muchos soldados de corazas relucientes montaban guardia, transpirando al sol y espantando las moscas con las manos.



Una pequeña multitud andrajosa se apiñaba ante uno de esos carros donde se levantaba un trono de madera. Un joven aún sin vello en las mejillas se sentaba en él y parecía muy incómodo...

Pedís justicia... ¿de qué tipo?



Un grupo de hombres estaba junto a él y me bastó verlos para calificarlos. Cuellos de toro, ricas vestiduras y pesadas espadas de guerra. Los hombres poderosos y duros, con un gesto de desprecio hacia el otro grupo, el grupo que pedía justicia por carecer de fuerza para hacérsela.

Señor... Las cosechas han sido pobres. Los dioses no han enviado suficiente lluvia y nuestros niños lloran de hambre. Nuestros amos (tus señores de guerra) exigen su porción sin importarle cuánto queda para nosotros.

Hemos explicado esto pero ellos no nos han escuchado y han tomado la misma que tomaban en las épocas florecientes o sea casi todo lo que poseíamos. No somos rebeldes, señor. Solamente gente con hambre. Y gente honesta.

Curioso por el desarrollo del problema tomé mi bolsa de provisiones y sacando quesos y aceitunas me senté sobre una roca. Mi espada hizo un ruido y el grupo de hombres de guerra me echó una mirada especulativa.

El rey parecía desasosegado.

Pues no sé... ¿qué me aconsejas tú, Nidimir?

Era otro hombre de guerra pero éste se mantenía a la derecha del rey con gesto inexpresivo y en el fondo de sus ojos se veía brillar una luz inteligente y despiadada...

Hijo de los dioses, cuando la invasión quemara nuestra tierra son los hombres de la espada los que la detienen...

Entonces ¿no es justo que esos mismos hombres exijan algo de quienes solamente saben cavar un surco y que nunca han blandido un arma en defensa de su rey?

Escupí un carozo de aceituna y comenté como al descuido:

Premiémos al halcón por no ser como las palomas.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Los hombres de guerra debieron alargar el cuello por encima del grupo de campesinos. El llamado Nidimir frunció el ceño.

¿Quién eres tú? ¿Con qué derecho te mezclas en cosas que no te atañen?

Escupí otro carozo de aceituna y contesté sin mirarle:

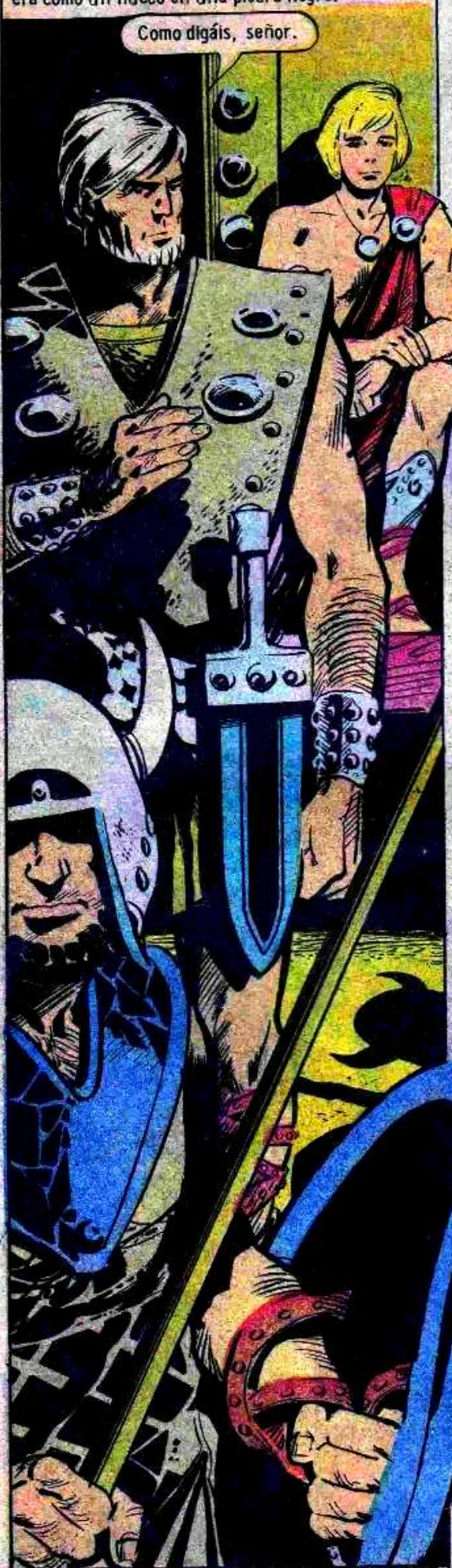
Soy un hombre libre. ¿Te basta?

Tal vez lo que necesites es...

Espera, Nidimir. Déjale hablar. Las palabras nunca han herido a nadie. Déjalo hablar.

Nidimir dejó caer otra vez la espada en su vaina. Al oír la voz del rey había sonreído pero su sonrisa era como un hueco en una piedra negra.

Como digáis, señor.



Y ahora habla, forastero. ¿Qué dices ante esta situación?



Me aproximé al grupo de campesinos que se abrió ante mí y me detuve ante el rey. Era un niño casi y tenía los ojos grandes y temerosos del que tiene miedo de no estar a la altura de lo que se espera de él.

Tú eres rey, señor y tienes hombres de guerra y hombres de paz...



Y la vieja pregunta es, ¿cuál de ellos es el más importante? ¿El que guerrea o el que siembra?



Dime, señor, ¿cuántas guerras has tenido desde que has ceñido tu corona?



Ninguna.

¿Y cuántas cosechas has tenido en el mismo tiempo?



La respuesta fue el silencio. Los campesinos comenzaron a sonreír casi temerosamente y cambiaron furtivas miradas entre ellos.



Necesitas a tus hombres de armas, es verdad, pues son la espina dorsal de tu reino, pero tu pueblo sembrador es su soporte. ¿Cómo lucharía un hombre sin piernas?



Busca el justo medio, señor. Nadie es el más importante. Todos necesitan de todos. Un país no puede dividirse en una parte que nutre y otra que devora. Llegará un día en que sólo quedará el esqueleto...



Un hombre de guerra avanzó con el rostro negro de cólera.

¿Nos comparas con este rebaño de ovejas?



No. Claro que no. ¿Se puede comparar la espada con el arado, hombre? No. Sería mejor que hubiera más de la segunda que de la primera.





¿Quieres probar tal vez el mío?



Escupí otro carozo de acetuna y comencé a apartarme.

No. Además dudo mucho que llegaras hasta mí. El hombre que vive con el bronce en la lengua pocas veces sabe llevarlo en la mano...



Comencé a alejarme y de pronto oí sus pisadas en el polvo.

¡Te demostraré...!

Giré rápidamente y estrellé mi bolsa de provisiones en su rostro. Una alforja de queso tal vez no suene muy terrible pero es siempre más sólido que una nariz.



Es mejor hablar con buenas palabras que con mal bronce, amigo. Recuérdalo.



Me aparté de ellos y fui a buscar mi caballo. Me sentía un poco irritado por haber obrado así. Me había inmiscuido en algo que no me concernía y ahora, pasado el momento, no me sentía muy satisfecho de mí mismo.

(Lo mejor será apartarme de ellos...)



¡Ahhh!



(Además la noche está cayendo y debo armar un campamento...)



Así lo hice. Preparé un fuego con facilidad pues hallé abundante leña seca. Eso me hizo pensar que, en efecto, la sequía debía ser muy dura.



(¿Y eso? Alguien se acerca...)



Con el pie aproximé mi espada y la dejé cerca de mi mano. Los dioses protegen a los viajeros pero a veces los dioses se distraen y es mejor que el viajero no lo olvide.

¿Quién va?



Soy yo, extranjero. No te alarmes. Vengo solo.

Se sentó frente a la hoguera y me miró durante un largo rato. Tenía una expresión grave que endurecía su rostro juvenil. No era la primera vez que yo veía una expresión así. Era el simple rostro de un adolescente que afrontaba un problema.



Ext ranjero, estoy confuso y necesito consejo.

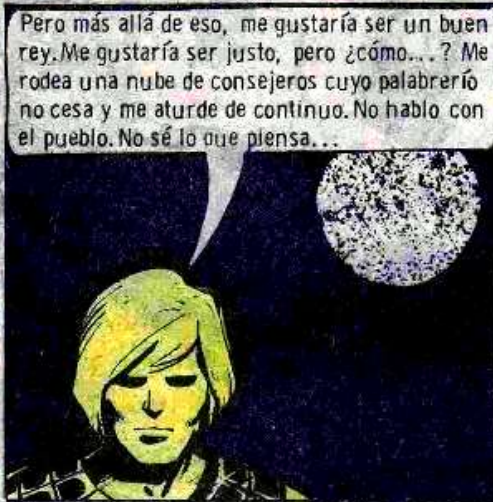


-¿Por qué yo?

Por tu manera de hablar. Me gustó.



Soy rey. He sido coronado hace poco y he tratado de comprender la tarea que tengo delante. Mi padre fue un mal rey. Lo sé pese a las loas de los cortesanos. Sé que muchos han hecho chocar sus jarros de vino al saber de su muerte.



Pero más allá de eso, me gustaría ser un buen rey. Me gustaría ser justo, pero ¿cómo...? Me rodea una nube de consejeros cuyo palabrerío no cesa y me aturde de continuo. No hablo con el pueblo. No sé lo que piensa...



Dime, ¿qué debo hacer?



-¿Alguien sabe que has venido aquí?

No. Dejé un mensaje diciendo que iba al templo de Samás a orar y ordené que no me buscaran.



Muy bien. Entonces haremos algo que seguramente te será de gran utilidad, señor.



En la mañana encontramos a un joven campesino y lo detuve.

¿Cambiar mis ropas con las de él? ¿Bromeáis?

No. ¿Aceptas?



El joven rey arrugó el ceño al tener que vestirse con las mugrientas ropas del campesino pues es siempre duro descubrir que las buenas causas pueden oler mal y...

¿Y ahora?

Dejaré mi caballo y mis armas aquí. Con mis ropas de piel no me diferenciaré de ningún pastor.



Y entonces conocerás a tu pueblo.



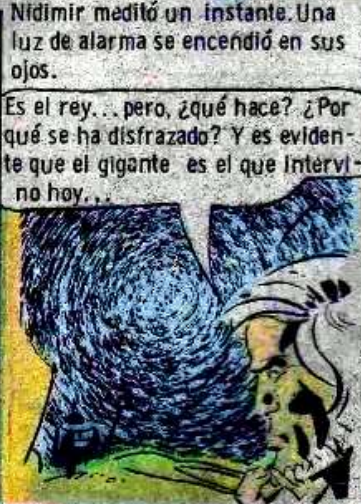
Los jinetes se detuvieron un momento y contemplaron la sorprendente figura que brincaba por el camino.

¿Has visto sus ropas?

Ahí. Son las del rey.



¿Estas ropas? Me las cambió un joven (que indudablemente debe estar loco) por las mías. Iba acompañado por un gigante de barba.



Nidimir meditó un instante. Una luz de alarma se encendió en sus ojos.

Es el rey... pero, ¿qué hace? ¿Por qué se ha disfrazado? Y es evidente que el gigante es el que intervino hoy...



Uno de los hombres se llevó la mano al rostro tu mefacho y gruñó cavernosamente...

Querría encontrarle...

Creo que será mejor que averigüemos algo sobre sus intenciones. Y no solamente por tu nariz, Nuhurim.

Comimos con unos campesinos que compartieron su pan y su vino agrio con nosotros. El sol estaba alto y el polvo se pegaba a la garganta.



Ah sí. Malo es el tiempo. Como si la miseria fuera poca, los cobradores de impuestos se abaten sobre nosotros como buitres.



Sobre todo ponen impuesto. Sobre las cosechas, los animales, los frutos, el agua, hasta el aire y la risa parecen ser exprimidos por ellos para su provecho.



Pero... el rey nunca aprobó impuestos de ese tipo.

¿El rey? ¿Qué rey? El rey vive en su casa de piedra y jamás le faltará su buen vino y su lecho blando y sus hombres de armas que lo protejan. ¿Qué sabe él de hambre?



El joven rey apartó lentamente el trozo de pan que se llevara a la boca y la ofreció a un joven de mejillas hundidas.



Nippur... he sentido vergüenza. ¿sabes?

Me alegro. Hay vergüenzas muy puras, mi señor.



Iremos a la ciudad ahora. Tal vez te resultará interesante verla sin que los vítores te nublen el raciocinio.



Camínamos por una calle fangosa que olía a verduras podridas, a especias y a cuero sin curtir. Mendigos harapientos nos tironearon de las ropas...



Piedad... Piedad...

Nunca vi esta gente antes...

Apostaría a que tus ministros envían soldados a que los espanten de las calles antes de que tú pases por ellas. El trabajo de un ministro es más complejo de lo que crees.



¿Y eso...?



¡Piedad! ¡No hagáis eso!



¡Ahhh!

Eran soldados y estaban borrachos. Reían con la feroz risa de los que se saben impun- nes y uno de ellos golpeó al hombre arrojándolo al suelo.



¡Alto, perros!

Ví el rostro del joven rey arder de cólera y antes que yo atinara a nada se cruzó en el camino de los soldados olvidado de la identidad que asumía y gritó:



¿A quién llamas perro, mocoso?

¡A vosotros, ladrones! ¡Y esto os costará caro! ¡Yo soy...!



¡Ah!



No me moví. Los soldados se alejaron riendo y tambaleándose y haciendo huir a los caminantes que se hallaban en su camino... El joven rey yacía en el fango y no se movía. De pronto lo oí sollozar.



Lo dejé allí por un rato ahogado en su humillación, su rabia y sus lágrimas y luego...

Ven, señor. Vayamos a comer algo.



¡Les costará la cabeza! ¡Los haré ejecutar por lo que han hecho!



¿Por lo que te han hecho a ti, señor, o por lo que te han hecho a un pacífico ciudadano?



Vaciló un momento y meditó. Por fin...

Comprendo. Sí. Pagarán por lo que han hecho a la gente del pueblo y no a su soberano. No había ningún soberano en esta calle.



Mirad. Es el extranjero... Y el rey va con él.

Ahã. Mal me huele esto.



Tal vez no sea algo tan malo después de todo. Tal vez sea una gran oportunidad.

¿De qué?



Nuestro nuevo rey no se parece a su padre. Creo que nos molestaría continuamente con esas estúpidas ideas que tiene. Basta que alguien se lamente por una tontería para que de inmediato él nos haga la vida imposible.



Tal vez sería mejor que un rey elegido entre nosotros...

¿Y él?

¿Quién nos puede achacar su muerte? Nosotros ni sabemos dónde está. Sólo el extranjero será implicado. Y culpado.



Caminamos mucho esos días y hablamos con toda clase de gente. Comerciantes de ojos astutos, pastores vestidos de pieles, soldados que oían mal dentro de sus corazas, mujeres que lavaban verduras amarillas en los estanques semisecos de la ciudad...



Y una noche...
Mira, Nippur...
Algo se quema allí...



Al acercarnos oímos los gritos terribles y vimos a una mujer que se debatía sujeta por varios campesinos frente a una choza que comenzaba a arder...
¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Os juro que no es la peste!



¿Qué ocurre aquí?

Una desgracia. La hija de esta mujer andaba muy mal últimamente. Su rostro ardía y perdía peso y hoy amaneció con la piel cubierta de manchas. Debe ser una peste y lo mejor que se puede hacer es destruir todo por el fuego.



La mujer cayó de rodillas entre un bosque de piernas y sollozando extendió sus manos hacia nosotros.

¡Ayudadme por Samás! No tengo marido ni hijos ni nada... Sólo me queda ella...



Ayudadme...



Se movió demasiado rápido para que nadie pudiera detenerlo. Vimos su silueta ágil recortarse contra el fuego...

¿Qué haces?



No atiné a reaccionar cuando ya había desaparecido entre las llamas. Los campesinos se silenciaron y hasta la madre interrumpió sus sollozos.



Y por fin...
Nippur. Traeme unas mantas.



La acomodó junto a una fuente de agua y luego con un trapo mojado comenzó a limpiarle el rostro y las manos. Los campesinos formaban un grupo silencioso y casi avergonzado cerca suyo.



Luego, sin decir palabra todos se sentaron a cierta distancia. La choza que seguía ardiendo lanzaba pinceladas de rojo sobre los rostros oscuros; la enferma, aliviada, murmuró algo y se durmió.

¿Qué crees, Nippur?
Tú has visto muchos enfermos...

No contesté. La madre de la muchacha se había arrodillado cerca nuestro y no apartaba sus tristes ojos cansados del rostro del joven rey como si de allí pudiera surgir el milagro que salvara a su niña.



Nadie durmió esa noche. La choza se convirtió en un montón de brasas, luego las brasas se enfriaron y por fin el viento fresco comenzó a esparcir las cenizas grises sobre las piedras.



Cuando el sol se levantó en el horizonte, el rey tocó el rostro de la niña con la mano. Luego se volvió a su madre y con suavidad, con mucha ternura, dijo:



Ya no sufre más, mujer. Los dioses se la han llevado.

Ella asintió con serenidad que desmentían las lágrimas que sin cesar corrían por sus mejillas. De pronto...

Gracias, joven señor. Samás brilla sobre ti.

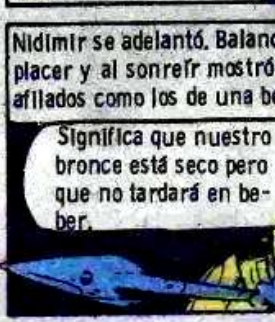


Un chasquido de metal nos sobresaltó.

¿Quién...?



Era el grupo que yo ya había visto mientras escupía carozos de aceitunas pero ahora los broncecillos brillaban fuera de las vainas, y una decisión escalofriante se leía en los ojos sangrientos.



¿Qué hacéis aquí? ¿Qué significa esto?

Nidimir se adelantó. Balanceaba su espada con placer y al sonreír mostró sus dientes, dientes afilados como los de una bestia carnívora.

Significa que nuestro bronce está seco pero que no tardará en beber.

¡Soy tu rey!

¿Mi rey? No veo tu corona... y a decir verdad nunca la vi...



Se adelantaron en semicírculo y sus risas sonaban como el ladrido de las hienas en el desierto. Nidimir rugió de pronto...

¡A ellos!

Apenas pudo terminar su frase. Una piedra le rompió la boca...



¡Ahhhhghhh!



El grupo silencioso al que todos habíamos olvidado se movió sin una voz. Una lluvia de piedras se abatió sobre los hombres de guerra...



¡Ahhh!

Estupefactos, aturdidos, no supieron reaccionar contra ese arma ancestral de los que no tienen armas. Como bestias ciegas intentaban cubrirse el rostro con los brazos. A veces un hueso estallaba como una rama seca y un alarido hendía el aire...



Uno de ellos corrió ciegamente contra los campesinos pero varias figuras magras le cortaron el paso. Vi los garrotes alzarse y caer... Un grito... otro... luego, silencio...



Nidimir...



Me vio venir y trató de alzar su espada pero...



Aicé mi puño libre como si fuera a arrancar una estrella y...



Ni hizo falta más. Supe que estaba muerto. No fue mi puño quien lo mató. Fue la noche y la choza incendiada, fue un cadáver de muchacha y un niño que quería ser hombre. Fue la luz quien mató a la oscuridad...



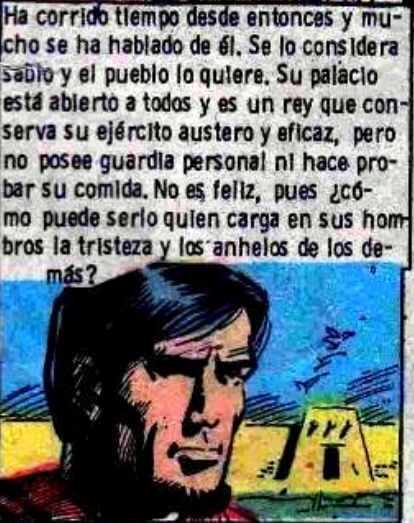
Ese hombre te llamó rey... ¿acaso lo eres?

No, mujer...



Y sonrí, y vi en esa sonrisa que el niño que me hablara un día junto a una hoguera ya no existía. Ya habla en su sonrisa la semilla amarga y pura de un hombre.

... aún no. Ahora voy a intentar serlo.



Ha corrido tiempo desde entonces y mucho se ha hablado de él. Se lo considera sabio y el pueblo lo quiere. Su palacio está abierto a todos y es un rey que conserva su ejército austero y eficaz, pero no posee guardia personal ni hace probar su comida. No es feliz, pues ¿cómo puede serlo quien carga en sus hombros la tristeza y los anhelos de los demás?



Muchos artistas han labrado estatuas suyas y lo han presentado cubierto de coraza y escudo como un guerrero más. He visto las estatuas y he sonreído pues cada vez que pienso en él veo a un muchachito vestido con una túnica sucia y cargando una niña enferma en brazos. Yo sé que esa fue su real gloria.



Pero ¿para qué explicar eso? Que sigan labrando sus tontas estatuas intentando halagarlo. Un día él desaparecerá pero tal vez vendrá otro como él. Y otro. Y otro. Y tal vez un día su semilla cubra el mundo. Así lo permitan los dioses.

FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA AMAZONA
Y LA REINA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

El viento sopla, sopla y silba entre rocas pequeñas y rocas grandes, germinando en torbellino de polvo, flores grises de la esterilidad que se estiran y se disuelven inútilmente. Flores de polvo en el mundo de piedra.



Aneleh mira las flores de polvo. Aneleh mira ese horizonte de rocas multiformes donde el viento es rey, amo y señor, monarca mezquino de un reino no codiciado.



Detrás de ella, Oiram, su sombra siniestra y fiel, espera envuelto en su manto. Sus ojos, al contrario de los de ella están alerta y observan sin cesar el horizonte.



Esto es imprudente, Aneleh. No debimos haber venido solos.

Esa mujer quería verme a solas.

No es suficiente razón. Ya no eres una simple mujer de pueblo. Ahora eres reina y no puedes jugar con tu seguridad.

Y a todo esto, ¿quién es esa mujer?



Aneleh le extendió una flecha...



He aquí su sello...



Oiram lo estudió y admiró su perfecto balance y su punta magníficamente afilada y endurecida al fuego. La flecha estaba pintada en rojo...

... y hay un mechón de cabellos atado alrededor de ella. Cabellos rojos.

Alzó lentamente los ojos hacia Aneleh que seguía mirando las flores de polvo.

¿Karien?





Sí. Debe ser ella. ¿Quién otra? Karién, la amazona. Karién, la belleza roja, Karién, la-de-las-flechas-rojas...



No entiendo; ¿qué sabe Karién de ti? ¿Qué puede buscar?

Una sola cosa.



¿Nippur?

¿Qué si no? Por una razón u otra la amazona debe buscar a Nippur. Y debe saber que no hace mucho estuvo aquí.



Mira, Aneleh.



Se había descolgado del horizonte sin que se supiera muy bien de dónde. Descendió hacia ellos con un galope casi irreal en el amanecer...



Al acercarse pudieron ir detallándola: el cuerpo esbulto, el rostro delgado y enigmático y la maravillosa cabellera roja golpeando hasta sus caderas. Y el arco cruzado sobre su traje de pieles...



Las dos mujeres se midieron en silencio por un instante como dos enemigos atrincherados en sus bellezas. Por fin Aneleh habló:

Yo soy Aneleh. Tú eres Karién.

La amazona asintió y descabalgó. Lo hizo con un gesto de gato y sus pies no provocaron ni un sonido. De cerca Aneleh pudo ver sus extrañísimos ojos azules, rasgados, casi dos líneas de hilo en el rostro pecoso.



Soy Karien.

Creo saber por qué me buscas.



¿Sí?

Por Nippur. Desgraciadamente no puedo ayudarte. Nada sé de él ni de su paradero. Sabes que el hombre de Lagash tiene el fuego en sus talones.



Karien sonrió fríamente.

Sé cuanto es necesario sobre el fuego del hombre de Lagash. No necesito de ayuda para ello.



Además sé perfectamente dónde se halla él ahora.



Aneleh se sintió intrigada.

Entonces no veo por qué...

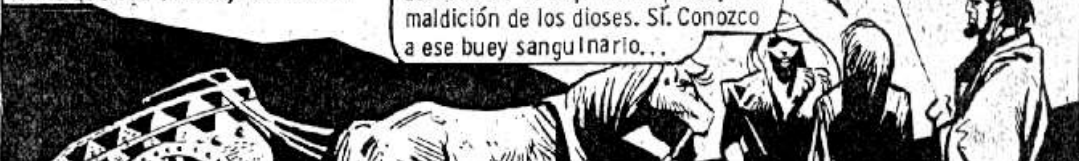


¿Conoces a Lidimir?



Los ojos de Oiram se achicaron e instintivamente llevó una mano al cuchillo que ocultaba bajo su manto.

Sí, por supuesto que conozco a "Ojo de oro". ¿Quién no? Sería como desconocer la sequía o la peste, o la maldición de los dioses. Sí. Conozco a ese buey sanguinario...



El tiene prisionero a Nippur.

¿Cómo es eso?



Fue a causa de una riña. Conoces el carácter de Lidimir. Al encontrar en su camino al hombre de Lagash tuvieron un cruce de palabras. Lidimir le ordenó ponerse de rodillas. El hombre de Lagash rió... y luego lo derribó de una bofetada.



La amazona sonrió y olvidó por un instante a la mujer morena que la observaba.

Ah, sí. Puedo imaginar su risa resonando en el aire como un entrecuchar de espadas.



Luego volvió a la realidad.

Es imposible entrar en la fortaleza del "Ojo de oro". El la ha construido de tal manera que es imposible el ataque o la infiltración. Hay una sola manera de poder penetrar...



Y es siendo invitado por él.



Oiram colocó una de sus pesadas manos sobre el hombro de la amazona y rugió:



¿No pretenderás que la reina Aneleh penetre en esa guarida sólo para rescatar al vagabundo de Lagash?

Saca esa zarpa, bestia, si quieres conservar todos tus dedos. Y sí, pretendo eso. El hombre de Lagash fue su aliado una vez.



De acuerdo. Lo haré. Iré a ver a Lidimir y te llevaré a ti como una de mis damas de compañía.

Pero...



Muy bien. Me uniré esta noche contigo.



¿Por qué lo haces, Aneleh? Es un riesgo estúpido. ¿Por qué lo haces?*



Aneleh señaló con el mentón hacia el punto lejano que se disolvía en el horizonte.

Por ella... Porque su coraje me ofende...



Lo llamaban "ojo de oro" pues alguna vez una espada había cortado su visión. Y ahora cubría la órbita vacía con una media máscara. Detrás suyo estaba Unum, su sombra siniestra.



El prisionero no respondió. Su inmenso cuerpo brillaba como una llama en las tinieblas de la cueva. Hubo un crujido de huesos y carne martirizada...



Deberías gritar, hombre de Lagash. Deberías besar mis pies. Tal vez entonces olvidarías esa bofetada que me diste ante toda mi gente.



Lidimir...

¿SÍ?



Se acercó casi anhelante al prisionero. Odiaba ese cuerpo de atleta y esos músculos como rocas, odiaba toda esa inmensa grandeza de su prisionero...

Sí... ¿Qué querías decirme?



¿Sigues sin gritar, hombre de Lagash? ¿Sigues sin doblegarte?

¡Estol!



Por los dioses, hombre de Lagash. Ahora sí que tu suerte será ingrata...



El joven oficial de guardia en la entrada de la cueva no conseguía apartar sus ojos del gigante y sentía un sudor helado correrle por la piel.

En ese momento...
¡Señor! ¡La reina Aneleh solicita albergue!

¿Aneleh? ¿Ella aquí?

¡Unum, ocúpate del prisionero! ¡Colócale pesos en los pies!

¡Sí, señor. Me ocuparé de ello.

El prisionero gruñó torvamente cuando con un lento movimiento Unum amarró una roca a sus pies. Luego, la sombra siniestra se alejó satisfecha.

Tú... Tú eres el gran Níppur, ¿verdad?

Una mirada torva lo envolvió y pudo ver las pupilas fosforescentes entre la maraña de cabello y sudor.

Yo soy un prisionero, apenas. Y tú eres mi verdugo...

Yo... yo sólo obedezco órdenes, hombre de Lagash. Yo no alimento odio contra tí. Al contrario... siempre anhelé conocerte... He oído tanto de tí...

Si pudiera ayudarte...

¿Ayudarme? Hay algo que puedes hacer... He oído que la reina Aneleh ha llegado...

¡Sí, Lidimir la codicia y la sola mención de su nombre llena su boca de saliva. ¿Qué quieres que haga?

Llevarle un mensaje, nada más.

El único ojo de Lidimir relucía como un charco de aceite y todo su enorme corpachón parecía temblar de júbilo.

Creí que nunca me honrarías con tu presencia, Aneleh. ¿Debo suponer que eso significa que...?

No supongas nada, Lidimir, excepto que he hecho un largo viaje, que estoy cansada y que quiero abusar de tu hospitalidad esta noche.

Por supuesto... Por supuesto...

Karien estaba incómoda en su largo vestido y más de una vez había estado a punto de caer cuando iba al intentar marchar con su largo paso de amazona.

(¡Maldita sea! Vaya con la moda de las lánguidas mujeres de la ciudad...)

¡Me pregunto... Me pregunto si al compararnos en este momento no sería yo poco grotesca junto a ella... Ella tiene gracia... y belleza... y yo sólo sé montar un caballo y disparar mis flechas...



Perdona, ¿eres tú sirva de Aneleh?

¿Yo? ¿Cómo te at...? Es decir sí... lo soy.

El joven oficial la observó un instante con deleite y por fin...

Por ojos como los tuyos yo también me haría sirvo, muchacha.



Cuítate tus ojos, soldado. Te los podrían arrancar.

Tengo un mensaje para tu señora.



¿Un mensaje? ¿De quién?

No puedo decírtelo.

Tal vez...



¿Tal vez es mensaje de un hombre llamado Nippur?



(Oh, dioses... No aguantaré mucho más... Sigo sangrando...)



(Allí viene mi joven admirador... Habrá que cuidarse... Los verdugos podrían oír nuestra conversación...)



¿Y, perro? ¿Disfrutas de este momento? ¿No crees mejor lamer los pies de mi señor Lidimir?

¿Los pies? Las pezuñas querrás decir.



(Pero... ¿qué es lo que tiene en las manos?)



Los dedos del oficial juegan con un mechón de cabellos rojos como el fuego. Es un mensaje...



Unum era la mano derecha del "ojo de oro" y lo era gracias a su talento de sombra y agua, de reflejo, de eco, de duplicidad...

Esta es una gran oportunidad, señor. Dos coronas son siempre mejor que una.

¿Y ella? ¿Y si no me acepta?





Ella está dentro de tu fortaleza, señor. No tiene que volver a salir hasta que haya aceptado tus deseos.

Humm. Buena idea, Unum. Buena idea.



(No tan buena, amigo. No olvides a Qiram. No olvides al perro fiel de Aneleh.)



Aneleh escuchó atentamente...

O sea que estamos en una trampa. No es sólo Nippur el que se halla prisionero.

No es tan desesperante. El no sospecha de nuestras intenciones.



¿Y cómo piensas hacer para liberar a Nippur, Karien?

Tengo un plan trazado. Contamos con la ayuda del joven oficial. Está harto del horror que siembra "ojo de oro".



Creo que es mejor abandonar todo esto, Aneleh. Durante la noche, nosotros podemos huir. Yo me ocuparé de ello. Esto no es cosa nuestra.



Un silbido de cólera lo interrumpió y el cuchillo relampagueó ante él...

¡Inténtalo, cobarde! ¡Intenta huir y lo harás... pero dejando toda tu sangre amarilla aquí!



¿Quieres ver sangre, bruja? Yo...



¡Basta! Envainen los cuchillos y dejen esas tonterías para luego. Quiero oír el plan de Karien.



Por un instante se midieron por encima del filo de los cuchillos y del filo de sus ojos. Por fin...

Está bien. Escucha.



El joven oficial vaciló un instante y una gran palidez amarilló su tez...

¿Sabes... sabes que cuando él descubra esto, mi vida no valdrá ni un puñado de tierra?

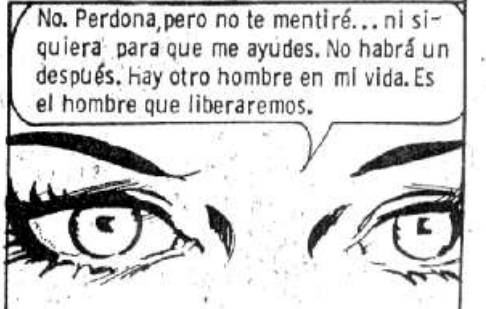


Karien sonrió enigmáticamente...

No te preocupes por ello. Yo encontraré la manera de que el "ojo de oro" no te dañe...



Mujer... No sé siquiera tu nombre... pero esto que haré lo haré por ti. Tal vez... tal vez luego... tú y yo...



No. Perdona, pero no te mentaré... ni siquiera para que me ayudes. No habrá un después. Hay otro hombre en mi vida. Es el hombre que liberaremos.



Ah, claro. El gran Nippur. Tenía que ser. ¿Cómo pensé que yo podría extender mi sombra junto a la de él? El gran Nippur...



La feroz amargura de su voz alarmó a Karlen.

—¿Nos ayudarás?

¿Ayudarte? Claro que sí. Lo haré...



Déjame ahora... Tengo cosas que pensar...



(Lo siento, joven oficial. Lo siento.)



El "ojo de oro" levantó su cabeza sin poder disimular su gesto de loco júbilo.

¿La reina Aneleh me invita a cenar a solas con ella?



Así es, noble señor. Esta noche.



Y esa noche...

¿Quién es...?



Soy yo, Unum. Traigo una doncella que desea ver al prisionero. Tenemos permiso de nuestro señor Lidimir.

Adelante.



¿Así que este es el gran Nippur? No parece gran cosa. Huele mal y tiene cara de bruto.

Humm...



Una contenida sonrisa se extendió en el rostro atormentado y barbudo del prisionero.

(Karlen... doncella roja... Por este comentario recibirás una buena zurra.)



(Nippur... Cuánto deseo besar esa sonrisa tuya...)



Guardia, ¿qué es eso?

¿Qué, señor?



¡Ahhh!



Karien se movió también con velocidad de gato. Hubo un aullido corto. Unum había adivinado su destino un momento antes de que el puñal de la amazona lo precipitara en la tiniebla eterna.



Con cuidado ahora, Níppur...

Dioses...



¡Rápido! ¡Vístete con esto!

¿Qué es?



Pero...



Karien sonrió.

No hagas preguntas ahora. Luego las contestaremos. Con la oscuridad no habrá diferencia. Sólo verán el brillo de la máscara.



¿Y el "ojo"?

Aún duerme. El somnifero ha sido fuerte. Lo he dejado encerrado en el cuarto.



Karien vaciló al oír eso, pareció a punto de decir algo pero por fin calló.

Aprovechemos ahora para salir. Tú, oficial, vuelve adentro y nada se sabrá de tu ayuda. Yo me ocuparé de los guardias de la entrada.



¡Alto! ¿Quién va allí?



¡Ahhh!



¡Al galope ahora!



Aneleh, sigue tú ahora. Yo me reuniré con vosotros luego.



Però ¿qué vas a hacer?



¡Espera!



(Aquí está bien. Ahora puedo ocuparme de esto con tranquilidad. Ninguno de nosotros podría vivir en paz si no hago esto... Aneleh debió haberlo matado y no drogado... pero no la culpo. La muerte en frío es difícil...)



(Es lo mejor...)



¿Así que para esto te quedaste?

¿Tú? Debiste seguir huyendo.



No. No quiero reprocharme el haber tenido menos coraje que tú.

Está bien.



Mira. Ya vienen.



Sí. Podían ver el primer jinete desahogado, con su media máscara centelleando al sol...

¡Más rápido!

Karien se plantó sobre las rocas, con su cabellera roja volando en el viento, con las piernas en compás y el arco tendido. Detrás de ella, Aneleh miraba, de pie...



Luego, en el aire fresco de la mañana estalló el arco y el salvaje grito de guerra de las amazonas de las montañas.



¡Ahhh!

Vieron detenerse la cabalgata y rodear el cuerpo caído vacilantes. Karien se volvió a Aneleh.

Eso bastará. Hemos dado su oportunidad al joven oficial. El podrá hacerse con el mando ahora. Vámonos.



Nippur temblaba de tanto en tanto por la fiebre pero sonrió y extendió su enorme brazo a Aneleh...



Te agradezco...

-No lo hagas. Había una deuda entre nosotros.

¿Solamente por eso me has salvado?



No, Nippur. No, hombre de Lagash. No, vagabundo. No, solamente por eso. Los dioses sean contigo, amigo querido.



Los vieron alejarse rumbo al horizonte y Karien murmuró:

Ella es muy hermosa, Nippur.

¿Aneleh? Sí. Tiene la belleza de las espadas. Por dentro y por fuera.



He tenido celos de ella, ¿sabes? Me ha quemado dentro del pecho un fuego frío que nunca había sentido antes.



Ah, Nippur. Yo era feliz antes de conocerte. Entonces era sólo una amazona. Ahora soy igual a una de tus lárguidas mujeres de ciudad. Ah, es difícil. Difícil.



El hombre de Lagash sonrió mientras acariciaba la magnífica cabellera roja. Mujeres. Maravillosas y absurdas mujeres. Aneleh, la reina. Karien, la amazona y tantas otras. Nippur sonrió. Maravillosas y absurdas mujeres...



FIN